

PRESENTACION

Las concentraciones humanas de las grandes ciudades, con su variada gama de problemas, constituyen uno de los retos más serios y difíciles para la pastoral de la Iglesia.

El CELAM quiso ofrecer a los Obispos latinoamericanos una colaboración sobre el tema. Eso pretendió ser el breve texto publicado en 1981, con el No. 51 de las ediciones del CELAM. Al final de su introducción se decía que pretendía “prestar una ayuda para la preparación de un Encuentro que este Secretariado desea realizar en 1982 con los Pastores de las capitales nacionales y de las arquidiócesis o diócesis cuyas sedes episcopales cuentan con más de un millón de habitantes. Dicho Encuentro versaría sobre aspectos pastorales de las grandes ciudades”.

Pues bien, en Lima y coincidiendo con la celebración del Cuarto Centenario del importante Tercer Sínodo convocado por el admirable Santo Toribio de Mogrovejo, se realizó en Septiembre de este año el encuentro con Obispos titulares de sedes cuya población sobrepasa el millón de habitantes.

Se quiso que los Pastores tuvieran amplio margen para el diálogo y la discusión; por eso, solamente fueron tres las

BIBLIOTECA
Secretariado General
CELAM

exposiciones: la primera sobre naturaleza y características de la ciudad, la segunda acerca de la pastoral urbana vista desde Puebla y finalmente la tercera versó sobre planificación pastoral.

Considerando que lo que importaba ante todo era lo que los mismos Pastores fueron elaborando durante esos días, en este volumen van en primer lugar las "Consideraciones Pastorales" y luego las ponencias. Las primeras constituyen el verdadero fruto del Encuentro.

La lectura del presente texto debiera ir acompañada con la del anterior, arriba citado, sobre "Pastoral y Parroquia en la Ciudad".

Sólo nos resta desear que el Señor haga útiles estos aportes, para bien de nuestra amada Iglesia en América Latina.

ANTONIO QUARRACINO
Secretario General del CELAM

CONTENIDO

	Pags.
CONSIDERACIONES PASTORALES	
Introducción	1
Algunos problemas de las metrópolis de América Latina	2
Unidad de la Iglesia Local Urbana	3
La organización de la Iglesia Local Urbana	5
Algunos servicios para la formación y la unidad	9
Algunos instrumentos para la Pastoral Urbana	10
Pastoral de los sectores vitales de la ciudad	11
CRITERIOS TEOLOGICO-PASTORALES PARA LA PASTORAL URBANA, A LA LUZ DE PUEBLA.	
Mons. Antonio Quarracino	13
UNA IGLESIA MAS EVANGELIZADORA EN LAS GRANDES CIUDADES DE AMERICA LATINA	
Antonio González Dorado, S.J.	25
I. La Misión Evangelizadora de la Iglesia Urbana	28
II. Un acercamiento a la comprensión de la ciudad	37
III. La ciudad latinoamericana.	50
IV. La Iglesia urbana como modelo evangelizador de la ciudad latinoamericana.	56
PASTORAL PLANIFICADA: POSIBILIDADES Y EXIGENCIAS EN LAS GRANDES CIUDADES.	
Jorge Jiménez Carvajal, eudista	69
La Ciudad: un todo que funciona como unidad orgánica.	71

La unidad de acción: gran reto de la ciudad a la Pastoral	74
El Plan Pastoral: una acción que se organiza alrededor de un objetivo de cara al futuro	75
Los pobres... la periferia...: una perspectiva que da unidad a la acción	79
El equipo: una condición básica	80
La participación: una metodología imprescindible	82
Proceso de planeación pastoral urbana	83
Una zonificación adecuada	84
Un diagnóstico pastoral	85
Una utopía que cree mística	86
Un objetivo que responda eficazmente a los retos pastorales.	87
Unas políticas generales.	87
Unas acciones específicas	88
Agentes adecuadamente formados: una exigencia fundamental.	92
Cambio y adecuación de estructuras: necesidad de una organización eficaz.	93
Los indiferentes: destinatarios privilegiados de una Iglesia misionera en la gran ciudad	95
Conclusión	95

CONSIDERACIONES PASTORALES

INTRODUCCION

1. La ciudad es uno de los fenómenos más importantes en nuestro mundo moderno y especialmente en América Latina. Prescindiendo de las causas de dicho fenómeno, es necesario admitir que se trata de una realidad humana muy compleja con una serie de aspectos positivos y negativos. Entre los primeros podemos anotar que la ciudad posibilita una convivencia humana más rica y libre, desarrolla nuevos horizontes culturales y se convierte en motor de una nueva civilización (cf. Puebla 429). Entre los segundos recordamos el peligro de un proceso deshumanizante que puede derivarse de muchos factores y expresarse de diferentes maneras (cf. Puebla 430).
2. Dado que la ciudad implica grandes concentraciones humanas, cambios en las formas culturales y en la mentalidad de un mundo urbano muy diversificado, a la Iglesia se presenta en las grandes urbes modernas un serio desafío pastoral para su acción evangelizadora.
3. Por este motivo, pastores de grandes ciudades latino-

mericanas, convocados por el CELAM, nos reunimos para reflexionar sobre el tema de la pastoral urbana en nuestro continente.

Queremos compartir fraternalmente las sencillas consideraciones pastorales que elaboramos durante el encuentro, con la esperanza de que el Espíritu del Señor las haga útiles y fecundas.

ALGUNOS PROBLEMAS DE LAS METROPOLIS DE AMERICA LATINA

4. Es evidente el gran crecimiento demográfico de nuestras ciudades; en ellas son elevados los porcentajes de niñez y juventud, y amplios los sectores de barrios marginados que contrastan con el lujo de otros.
5. De los pobres de la ciudad, muchos son inmigrantes de zonas rurales y de otros ambientes que buscan en las urbes soluciones para su pobreza. Con frecuencia, por el fenómeno de la desocupación y la carencia de vivienda, se establecen en zonas marginales. Esto origina una población desarraigada con múltiples problemas para su desarrollo integral.
6. En la gran ciudad se reflejan los aspectos positivos y negativos de un país o de una zona. A propósito, conviene recordar aquí las palabras de Puebla: "Al analizar más a fondo tal situación descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas aunque haya también otras causas de la miseria. Estados internos de nuestros países que encuentra en muchos casos su origen y apoyo en mecanismos que, por encontrarse impregnados, no de un auténtico hu-

manismo sino de materialismo, producen a nivel internacional, ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (Puebla 30).

7. En nuestras ciudades, aunque no se reducen a su ámbito, advertimos, entre otros, dos fenómenos que preocupan a la Iglesia: las campañas antinatalistas y la invasión de las sectas, especialmente en las zonas marginales; lo último causa por lo menos, un gran desconcierto en la población católica. Este fenómeno suele hacerse más agudo en los lugares a los que no llega una presencia pastoral viva de la Iglesia.
8. Los factores negativos de la ciudad pueden dar origen a dos peligros que amenazan a la comunidad urbana: la pérdida sensible de la fe y la aparición de graves enfrentamientos sociales que pueden evolucionar hacia formas violentas.
9. Siendo conscientes de la unidad de la ciudad y de la interrelación de sus problemas, creemos que solamente una pastoral orgánica puede responder a los desafíos de la metrópoli. Pero una pastoral de tal naturaleza implica necesariamente la unidad de la Iglesia urbana.

UNIDAD DE LA IGLESIA LOCAL URBANA

10. La unidad es fundamental tanto para la autenticidad como para la eficacia de la acción evangelizadora de la Iglesia en la metrópoli. Urge promoverla, animarla y defenderla.

Para ello sugerimos:

11. Promover la unificación de criterios de acción pastoral de los sacerdotes, mediante la organización de la formación permanente, tanto en lo doctrinal como en lo pastoral y espiritual; crear comisiones de teología o comisiones doctrinales que preserven la ortodoxia de la fe en los fieles y orienten y animen la actualización del clero que trabaja en la ciudad; extender la formación permanente a los religiosos y las religiosas.
12. Animar con particular cuidado la preparación de los futuros sacerdotes, procurando que reciban una formación sistemática y global en los aspectos doctrinales. La especialización en facultades debe ser posterior a la formación básica y global. Los formadores han de tener una preparación lo más completa y adecuada posible.
13. Promover la conveniente formación doctrinal y espiritual de los laicos en general y de los catequistas en particular.
14. Cuidar especialmente la celebración litúrgica en la metrópoli y propiciar la convergencia de las grandes líneas de la predicación dominical.
15. Dar relieve, en función de la unidad, a ciertas celebraciones litúrgicas durante el año y a otras manifestaciones masivas de fe en las que se exprese visiblemente y ante la ciudad la comunión de la Iglesia local. (Piénsese en la festividad del Corpus Christi, la Misa Crismal, las fiestas patronales, etc.).
16. El servicio a los pobres debe ser motivo de unidad en la Iglesia local. Para esto, ayudará la creación de un

secretariado diocesano de pastoral social, debidamente planificado, que detecte los problemas sociales de las ciudades; cree conciencia sobre dichos problemas ante la autoridad y la opinión públicas; se interese por la formación de los fieles en la doctrina social de la Iglesia y oriente acciones de promoción humana en los barrios pobres.

17. La unidad en este aspecto requiere una permanente toma de conciencia entre obispos, sacerdotes y laicos, sobre la realidad de la pobreza y sus causas en los distintos sectores de la ciudad.

LA ORGANIZACION DE LA IGLESIA LOCAL URBANA

18. La organización de la pastoral en la metrópoli encuentra en la planeación pastoral un instrumento especial. Por medio de ella es posible responder con cierta perspectiva a los desafíos que la ciudad presenta a la evangelización, dar unidad a la acción pastoral, desencadenar procesos de participación en el interior de la Iglesia y aprovechar racionalmente los recursos humanos y materiales.
19. La naturaleza misma de la ciudad, con su unidad urbana y política, parece postular que para lograr la unidad y la mayor eficacia pastoral constituya una sola diócesis.
De otra manera es muy posible que la pastoral quede debilitada en su acción sobre el conjunto de la ciudad y pueda crearse la confusión de los fieles ante la diversidad de criterios pastorales dentro de la misma urbe.

20. La unidad se fortalece con la integración de vicariatos pastorales, funcionales y/o zonales, según las necesidades propias de cada ciudad.
21. En orden a una mayor corresponsabilidad, se ve la necesidad de la promoción de los distintos consejos: pastoral, presbiteral, de laicos, de religiosos, etc. Los consejos centrales tendrán su correspondencia en los niveles inferiores (decanatos, parroquias, etc.) en que se encuentre organizada la ciudad.
22. Reafirmamos la vigencia de la parroquia en la ciudad y creemos necesaria su renovación. Será menester buscar formas apropiadas para hacer llegar su acción a los distintos grupos que constituyen las metrópolis. Recordamos, entre otras cosas, la integración en la organización parroquial de diversos Consejos; la coordinación de las actividades; la relación apostólica con otras parroquias; la creación de nuevas parroquias territoriales, teniendo en cuenta la expansión de las ciudades, y el establecimiento de parroquias personales cuando la necesidad lo exija.
23. Dada la validez apostólica de las comunidades eclesiales de base en la metrópoli, recordamos que ellas deben estar en íntima relación con la parroquia "centro de promoción y de servicios que las comunidades menores no pueden asegurar" (Puebla 650).
24. Los movimientos apostólicos están llamados a prestar un servicio particularmente importante en la evangelización de la ciudad. Creemos que deben ser promovidos vigorosamente los movimientos especializados de obreros, estudiantes, intelectuales, etc.

25. La coordinación de los diversos movimientos apostólicos en la ciudad y con cada una de las parroquias requiere especial cuidado. Los decanatos pueden prestar un servicio eficaz en dicha coordinación.

ALGUNOS AGENTES DE LA PASTORAL URBANA

El sacerdote en la ciudad:

26. Entre las características que deben distinguir al sacerdote de la ciudad señalamos las siguientes.

A imagen de Cristo-cabeza, debe ser centro de unidad que promueva las iniciativas en orden a la construcción de las comunidades cristianas que tienen como raíz y quicio la Palabra y la Eucaristía.

27. Ha de unir íntimamente en su persona el ministerio sacerdotal con el servicio preferente a los más necesitados.
28. Será capaz de integrar a los laicos en la pastoral urbana tanto en el nivel de la acción misionera como en el de su compromiso en la construcción de la ciudad.
29. Sabrá integrar su ministerio a la pastoral diocesana y estará abierto a las actividades pastorales de carácter funcional.

Los religiosos en la pastoral urbana:

30. Respecto a los religiosos en la pastoral urbana, expresamos nuestro deseo de que estén presentes en los distintos organismos pastorales. Se debe promover su

carisma propio en la gran ciudad y, teniendo en cuenta en muchos casos su preparación específica será conveniente y útil que sirvan en las diversas áreas de la pastoral ambiental de la metrópoli.

31. Dejamos constancia de nuestra gratitud por el valioso aporte de los religiosos en la pastoral parroquial de la ciudad.

Integración de los laicos en la pastoral urbana:

32. Acentuamos los siguientes aspectos: la importancia del laicado en la construcción de la Iglesia en la gran ciudad por medio de los movimientos apostólicos y por otras muchas formas que, en conexión con la parroquia suscita permanentemente el Espíritu; la vinculación a la acción eclesial, tanto por los Ministerios a ellos encomendados en el interior de la Iglesia como por la presencia comprometida en las realidades temporales, entre las cuales subrayamos la importancia de la actividad evangelizadora en los medios de comunicación social.
33. Para la eficaz integración de los laicos en la pastoral urbana se requiere un cuidado especial en su formación, si es posible en institutos especializados. Recordamos que la formación política de los cristianos tiene hoy una singular importancia; por ello, será necesario tener en cuenta la capacitación de asesores en la doctrina social de la Iglesia.

La pastoral vocacional:

34. La pastoral vocacional en la gran ciudad deberá

tener en cuenta los siguientes aspectos; la promoción de los movimientos de acción pastoral de laicos en las parroquias porque su formación y su acompañamiento son fuente rica de vocaciones; la creación de equipos de pastoral vocacional que actúen en parroquias, colegios y medios universitarios. Sacerdotes, religiosas y laicos integrarán esos equipos y la promoción vocacional será hecha tanto para el ministerio presbiteral como para la vida consagrada.

ALGUNOS SERVICIOS PARA LA FORMACION Y LA UNIDAD

35. Es de especial importancia en las grandes ciudades promover la vida espiritual y fraternal del clero mediante retiros, ejercicios espirituales, convivencias, etc.
36. Es necesario procurar una formación específica a los agentes de pastoral urbana. Por tal motivos en los seminarios se formará a los alumnos de dicha pastoral. Para ello, se impartirán las materias necesarias (vgr. geografía urbana, sociología urbana, planificación pastoral, etc.) y se facilitarán experiencias específicas en los últimos cursos (vgr. contactos con los distintos movimientos, contactos en diferentes ambientes, presencia en los departamentos de las curias, etc.).
37. El ejercicio frecuente del magisterio del obispo, por los medios de comunicación social, puede incrementar la unidad eclesial en la ciudad.
38. En este orden de cosas, solicitamos al CELAM la pro-

moción de cursos y encuentros sobre pastoral urbana y sobre formación pastoral para los medios de comunicación social.

ALGUNOS INSTRUMENTOS PARA LA PASTORAL URBANA

Los medios de comunicación social:

39. Reiteramos la enorme importancia de los medios de comunicación social para la evangelización de la metrópoli.

En ese campo, recordamos lo siguiente:

40. Según las circunstancias y posibilidades, la Iglesia tendrá medios propios o utilizará los que no le pertenecen.

41. Urge la especialización de sacerdotes en el campo de la comunicación social y el trabajo en él de los laicos capacitados.

42. En la tarea evangelizadora es muy útil hoy el empleo de los mini-media por parte de los agentes de pastoral.

Los Santuarios:

43. La pastoral de los santuarios tiene gran importancia en la evangelización del hombre urbano. Por eso, recordamos la necesidad de una pastoral específica de santuarios. Ellos han de ser centros de evangelización popular y prestarán una atención sacramental permanente, especialmente para la reconciliación.

44. Se debe cuidar con especial esmero los servicios religiosos en la catedral y en los templos de los centros de las ciudades, pues son muchos los fieles que de distintos puntos pasan por ellos.

45. En la pastoral de la ciudad se procurará atender a la población flotante, por medio de centros de evangelización, de acogida, de servicios asistenciales, etc.

Los Centros de Educación:

46. Ratificamos la importancia y vigencia de la educación católica, mediante las organizaciones propias de la Iglesia. Recuérdese todo cuanto se ha dicho y escrito sobre la necesidad de crear en ellas auténticas comunidades educativas. Además, es urgente una seria catequesis en todos los centros educativos de nuestras ciudades, impartida por catequistas debidamente formados.

47. Hay que procurar que la universidad católica conserve siempre su identidad.

PASTORAL DE LOS SECTORES VITALES DE LA CIUDAD

48. Siendo la ciudad un organismo vivo, formado por múltiples y variados sectores, y debiendo la Iglesia estar presente en ellos de manera evangelizadora, creemos necesaria la formación de organismos que coordinen y animen su tarea en el interior de dichos sectores.

49. De manera especial pensamos en los siguientes: la fa-

milia, la juventud, el mundo obrero, el sector empresarial, el sector de los creadores y promotores de la cultura, la educación y la información; el grupo de aquellos en cuyas manos están las decisiones del gobierno de la ciudad.

50. Recordamos la necesidad de que los pastores estén cerca de su pueblo en los momentos difíciles y dolorosos de la vida ciudadana.
51. Finalmente, debe ser una preocupación de la Iglesia atender el dolor de la ciudad que se hace visible en los enfermos y en los institutos de salud.

CRITERIOS TEOLOGICO-PASTORALES PARA LA PASTORAL URBANA, A LA LUZ DE PUEBLA

Mons. Antonio Quarracino
Secretario General del CELAM

El presente trabajo no pretende ser un *estudio* o *ensayo* sobre el tema. Su intención es mucho más modesta. Quiere realizar un esquema o una sinopsis con los mismos textos de Puebla, ordenados de una manera que bien pudo ser otra. Podría decirse que se trata de una “guía” para una lectura y personal reflexión posterior sobre el tema, de tanta importancia y urgencia para la pastoral evangelizadora de la Iglesia de hoy.

Si se quiere hacer un esfuerzo para señalar los criterios teológico-pastorales para la pastoral urbana que están indicados en Puebla de alguna u otra manera en diversos puntos de su discurso pastoral, no deja de ser útil tener en cuenta una *actitud orientadora* para determinarlos. A mí parecer puede ser hallada al final de sus consideraciones sobre “la evangelización de la cultura” cuando se refiere a “la necesidad de trazar criterios y caminos, *basados en la experiencia y en la imaginación*, para una pastoral de la ciudad, donde se gestan los nuevos modos de cultura” (441). Anótese de paso que sin interrumpir el razonamiento expresa, como para evitar cualquier reduccionismo, “a la vez que el aumento del esfuerzo evangelizador y promotor de los grupos indígenas y afroamericanos”.

No me parece superfluo anotar que esa breve frase que sintetiza lo que hemos denominado "actitud orientadora", expresa la urgencia de un esfuerzo previo a la tarea pastoral: "trazar criterios y caminos", y su fundamentación: "basados en la experiencia y en la imaginación". Es significativo ese llamado a la imaginación que, a mi juicio puede constituir en este caso sinónimo de creatividad. Finalmente, el último miembro de la frase sintetiza la razón de aquella dicha necesidad: porque la ciudad es el lugar "donde se gestan los nuevos modos de cultura". Cuanto contienen estas palabras está explicitado en varias partes de la reflexión sobre la "evangelización de la cultura".

Teniendo en cuenta esa "actitud orientadora", y adecuando para mayor claridad el tradicional método del "ver, juzgar y obrar", señalo brevemente, primero, los criterios más directamente referidos a la *realidad*; constituiría el *ver*, conforme al pensamiento de Puebla.

I

1. La tarea pastoral de la Iglesia, tanto en América Latina como en cualquier parte del mundo, incide y se realiza en una realidad determinada y concreta, no en las zonas de las "abstracciones"; por eso la pastoral urbana como toda acción pastoral requiere como punto de partida "un esfuerzo *permanente de conocimiento de la realidad*" (85).

2. Los aspectos de ese conocimiento de la realidad son de distinta naturaleza. Es por eso necesario considerarlos en su especificidad y al mismo tiempo en su globalidad.

En diversos puntos del Documento poblano es posible descubrir los aspectos sobre los que los Obispos pusieron sus ojos especialmente a nivel de ciudad.

a) *El aspecto demográfico*, fácil de ser observado a simple vista en las grandes ciudades que crecen rápida o desorganizadamente, "con el peligro de transformarse en megápolis incontrolables" (71). Añádanse las migraciones internas y externas y el desarraigo de grupos inmensos de latinoamericanos (29, 71, 1266), la irrupción de los jóvenes (71, 127), la concentración en esas grandes ciudades en las que "cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas, etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica" (71, 127).

b) *El aspecto económico*. Al respecto Puebla señala la acentuación del desequilibrio entre población y empleo (71), la creciente falta de empleo: "sub-empleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos" (37; cf 127). Habría que añadir lo que se dijo respecto a la agudización de la falta de servicios públicos (127), pero sobre todo la aparición de grandes grupos de marginados social, cultural y económicamente (37, 38, 71, 417, 1208). Sin duda es en la ciudad donde los contrastes entre pobres y ricos son más evidentes y notorios, "fuente de frustraciones crecientes y de trágicas tensiones" (138).

c) *El aspecto político*. Está señalado por Puebla cuando enuncia las realidades esperanzadoras de los últimos años en América Latina. El hombre latinoamericano "ha

tomado mayor conciencia de su dignidad, de su deseo de participación política y social, a pesar de que tales derechos en muchas partes están conculcados” (18). Un cuadro del aspecto político está delineado desde el No. 42 al 49. En él se entrecruzan las referencias a los regímenes de fuerza con sus abusos de poder, a la violencia guerrillera y terrorista, a las dificultades que con frecuencia traban el derecho obrero a la sindicalización pero también a la politización exagerada, en algunos casos, de las cúpulas sindicales, a las difundidas ideologías marxistas y a las que configuran la doctrina de la Seguridad Nacional. No está demás citar las líneas finales del No. 419 que señala algunos fenómenos y problemas particulares e importantes del proceso cultural en nuestros países. Dicho número presenta “la emergencia de un mundo obrero que será decisivo en la nueva configuración de nuestra cultura”.

d) *El aspecto cultural.* Quizás sea el aspecto más determinante en una visión de la realidad urbana. Puebla habla de “la adveniente cultura universal” entendiendo “la cultura urbano-industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica”, “la cual pretende ser universal”. Pero hay que añadir que “los pueblos, las culturas particulares, los diversos grupos humanos, son invitados, más aún, constreñidos a integrarse en ella” (421). Al respecto son muy importantes y, por eso, dignos de una lectura cuidadosa los números que van desde el 420 al 443, cuyos títulos generales son: “La acción evangelizadora: desafíos y problemas”, “La adveniente cultura universal”, “La ciudad”, “El secularismo”, “Conversión y estructuras” y “otros problemas”.

Si se tiene en cuenta la noción de cultura que Puebla expresa en el 386 y la explicitación que añade en el 387 en

la cual alude a los valores que animan o desvalores que debilitan la totalidad de la vida de un pueblo abarcada por la cultura, habrá que concluir que es importante llegar a determinar tanto el conjunto de valores como el conjunto de desvalores vigentes en una mentalidad urbana. En esta línea cabe señalar dos referencias que el Documento hace respecto, primero, al “enorme influjo de los Medios de Comunicación Social como vehículos de nuevas pautas y modelos culturales” (419); la segunda, está contenida en el No. 418 cuando afirma que “el advenimiento de la civilización urbano-industrial acarrea también problemas en el plano ideológico y llega a amenazar las raíces mismas de nuestra cultura, ya que dicha civilización nos llega, de hecho, en su real proceso histórico, impregnada de racionalismo e inspirada en dos ideologías dominantes: el liberalismo y el colectivismo marxista”.

e) *El aspecto religioso.* Este se encuentra íntimamente unido al cultural, de una manera especial si se tiene en cuenta toda la problemática engendrada por el proceso de secularización (83, 415 a 418, 1052) y mucho más el secularismo, cuyo avance caracteriza el ambiente social (622), un secularismo “que da las espaldas a Dios y le niega la presencia en la vida pública” (83), que nada tiene que ver con “una legítima y deseable secularización” (418), que amenaza la fe de nuestros pueblos (cf. 342). El aspecto religioso no puede dejar de tener en cuenta otra realidad importante y sumamente preocupante. Es la presencia de fenómenos religiosos nuevos en nuestros países “como el de la invasión de las sectas”, especialmente en las grandes ciudades (cf. 419).

3. Para completar estos aspectos del conocimiento de la realidad urbana digamos que su naturaleza tiene que ser

pastoral. Ya desde el comienzo Puebla nos advierte que el propósito de su “visión histórica” es examinar “con visión de Pastores” el contexto socio-cultural en el que actúa la Iglesia y “la realidad pastoral que hoy se presenta a la Iglesia” (2). Si la misión de la Iglesia es la evangelización y esta es una tarea pastoral, no podía ser de otro modo. El Mensaje a los pueblos de América Latina, lo afirma taxativamente: “Ante todo, queremos identificarnos: Somos Pastores de la Iglesia Católica y Apostólica, nacida del Corazón de Jesucristo, el Hijo de Dios vivo” (1); “lo que nos interesa como Pastores es la proclamación integral de la verdad sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, sobre la dignidad y destino del hombre” (3). Por eso la realidad del mundo urbano también debe ser contemplada y estudiada “a partir del Evangelio” y “con visión de fe” (No. 15). Este enfoque esencial está afirmado también en los Nos. 14, 16, 1255. “Ocupándonos —se lee en este último— de la realidad del orden nacional e internacional lo hacemos en una actitud de servicio como pastores, y no desde el ángulo económico, político, o meramente sociológico”.

Además, el conocimiento de la realidad, siempre “desde una perspectiva pastoral” (63), debe esforzarse por ir hasta las “raíces más profundas” (id) de los hechos estudiados, hasta sus mecanismos generadores. Puebla enumera sintéticamente esas raíces en los números que van desde el 64 al 70. Este último expresa “Finalmente, como Pastores, sin entrar a determinar el carácter técnico de esas raíces, vemos que en lo más profundo de ellas existe un misterio de pecado, la persona humana, llamada a dominar el mundo, impregna los mecanismos de la sociedad de valores materialistas”.

II

Paso a señalar brevemente los criterios más directamente referidos al *pensamiento* o juicio (al juzgar) de la Iglesia.

En el No. 429 Puebla menciona la visión de la ciudad que tiene la Biblia. La mención está hecha en el marco de su consideración sobre la ciudad convertida “en motor de la nueva civilización universal”, dado “el tránsito de la cultura agraria a la urbano-industrial”. “Este hecho —dice el documento— requiere un nuevo discernimiento por parte de la Iglesia. Globalmente, debe inspirarse en la visión de la Biblia, la cual a la vez que comprueba positivamente la tendencia de los hombres a la creación de ciudades donde convivir de un modo más asociado y humano, es crítica de la dimensión inhumana y del pecado que se origina en ella”. Esta visión bíblica general, viene a decir Puebla, debe inspirar la pastoral del mundo urbano, la cual no puede aceptar todos los fenómenos de ese mundo ni tampoco anatematizarlos en su globalidad. Y Puebla no dice más al respecto.

En cierta manera la presentación de los aspectos de la realidad contiene un discernimiento o un juicio sobre ellos.

Así, en una consideración general, “la Iglesia no alienta el ideal de la creación de megápolis que se tornan irremediablemente inhumanas” (430) y “reconoce que la vida urbana y el cambio industrial ponen al descubierto problemas hasta ahora no conocidos” que son consecuencias del cambio o trastorno de modos y estructuras (431). La consecuencia de ello no es el desaliento o la afirmación de que todo ello implica la muerte o “abolición de la reli-

gión” (432). Pero es realista advertir que “constituye un evidente desafío, al condicionar con nuevas formas y estructuras de vida, la conciencia religiosa y la vida cristiana” (432).

Estimo que cuanto explaya el Documento de Puebla desde el No. 308 al 315 sobre las “visiones inadecuadas del hombre en América Latina” (sin afirmar que son exclusivas del mundo urbano, ciertamente en él tienen particular vigencia), puede considerarse un conjunto de criterios para emitir un juicio acerca de la realidad urbana. Por otra parte no es exagerado pensar que el contenido de los números 321 a 329, sobre “dignidad y libertad” constituye una especie de “buena noticia” para el hombre de la ciudad, masificado y aquejado de un sinnúmero de alienaciones.

III

Anotemos, por último, algunos criterios referidos más directamente al *actuar* (obrar) de la Iglesia.

1. *La adaptación* podría ser señalada en primer lugar. La Iglesia en América Latina, desde la Primera Conferencia General del Episcopado en la que tuvo origen el CELAM, y principalmente después del Vaticano II y Medellín, “ha ido adquiriendo una conciencia cada vez más clara y más profunda... de que no es posible su cumplimiento (el de la misión evangelizadora) sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad y de adaptación dinámica, atractiva y convincente del Mensaje a los hombres de hoy”. Así se lee en el No. 85. Más adelante, al hablar precisamente de “la ciudad” y antes de referirse al secularismo afirma que “la Iglesia se encuentra ante el desafío de renovar su evangelización, de modo que pueda ayudar a los fieles a

vivir su vida cristiana en el cuadro de los muchos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad; para la oración y la contemplación; para las relaciones entre los hombres... para una nueva vivencia del trabajo, de la producción y del consumo” (433).

2. *Creatividad e imaginación*; sin ellas no hay adaptación. Ya fue citado el No. 441 en el que se habla de la necesidad de trazar criterios y caminos “basados en la experiencia y la imaginación, para una pastoral de la ciudad”. Se encuentra señalada la palabra “creatividad” en el No. 476 donde, al hablar de la enseñanza social de la Iglesia se afirma que “ella exige de nosotros coherencia, creatividad, audacia y entrega total”. Si la creatividad es exigida para una proposición eficaz y realista de la enseñanza social de la Iglesia, se la requiere también para una respuesta evangelizadora al desafío pastoral de la gran ciudad. Estimo que el mismo Documento de Puebla, aunque no haya descendido a fórmulas pastorales concretas, ni echado mano de un “recetario pastoral” —cosa que no podía ni debía hacer—, constituye un buen ejemplo de creatividad e imaginación. Téngase en cuenta que los modelos de acción pastoral de las grandes ciudades apenas se están creando, y no en todas. Por otra parte, bueno es recordar que se trata de una realidad que, por los cambios y las transformaciones frecuentes, depara sorpresas y novedades.

3. *Pastoral orgánica*. Puebla utiliza esta denominación como la “pastoral de conjunto”. El No. 1222 dice: “Asumimos la necesidad de una pastoral orgánica en la Iglesia como unidad dinamizadora para su eficacia permanente que comprenda entre otras cosas: principios orientadores, objetivos, opciones, estrategias, iniciativas

prácticas, etc.”. En cambio, el No. 650 expresa que “se debe insistir en una opción más decidida por la pastoral de conjunto”. Interesa subrayar que, hablando de la presencia del laicado organizado en la pastoral de conjunto, el texto razona que ella es exigida “tanto por la naturaleza misma de la Iglesia, misterio de comunión de diversos miembros y ministerios, como por la eficacia de la acción pastoral con la participación coordinada de todos” (807).

4. *Planeación pastoral.* Muy unida a la organicidad de la pastoral, Puebla afirma que es “el camino práctico” para llevar a la práctica las opciones fundamentales de la evangelización (1306). Por si ello fuera poco, añade que “la acción pastoral planificada es la respuesta específica, consciente e intencional, a las necesidades de la evangelización (1307). Frente al mundo complejo de los conglomerados urbanos experimentase con mayor urgencia una planificación de las tareas pastorales que, aunque no deben dejarse atrapar por una especie de “burocracia de la planificación”, tampoco podrán caer en una simplicidad que es sinónimo de pobreza e ineficacia. Las palabras del Documento no dejan lugar a dudas cuando especifica algo más la acción pastoral planificada diciendo que “deberá realizarse en un proceso de participación en todos los niveles de las Comunidades y personas interesadas, educándolas en la metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre dicha realidad a partir del Evangelio; la opción por los objetivos y los medios más aptos y su uso más racional para la acción evangelizadora” (1307).

5. *Creación de nuevas estructuras eclesiales.* Este punto es como una derivación del anterior. Tres realidades urgen la creación de nuevas estructuras en la pastoral ur-

ba. En primer lugar, como quedó dicho, los nuevos desafíos de la realidad, luego la introducción de una metodología participativa en la planeación pastoral, conforme acabamos de ver en el No. 137, y finalmente el diálogo con las ciencias (sociología, psicología, técnicas administrativas...). Respecto a esto último quizás sea útil recordar que no se trata de confundir la pastoral con ellas, sino de utilizarlas tanto cuanto puedan prestar aceptable utilidad. Entre el “mito” del uso de las ciencias en la pastoral y su desprecio, existe un justo término medio.

Puebla no habla abiertamente de cuáles sean esas nuevas estructuras puesto que hay que hacerlas surgir. Al respecto dice el No. 152: La Evangelización “dará importancia a la pastoral urbana con creación de nuevas estructuras eclesiales que, sin desconocer la validez de la parroquia renovada, permitan afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas de hoy”. Adviértase de paso que el texto continúa diciendo que también deben acrecentarse los “esfuerzos para atender mejor la pastoral rural”.

Me parece que como una clara derivación de este texto, y sobre todo de la compleja realidad del mundo urbano, surge la importancia que adquiere la pastoral ambiental. Acerca de ella ya encontramos un fuerte reclamo en Medellín cuando se refiere a los movimientos apostólicos “funcionales”.

En esto de las nuevas estructuras jugarán un importante papel la adaptación e imaginación, de las cuales ya se hizo referencia. Y no creo descaminado pensar que también las nuevas estructuras deberán tener en cuenta de manera especial, entre varias más, dos observaciones del Documento, anotadas en los Nos. 442 y 808, respectiva-

mente. La primera se refiere a "la instauración de una nueva presencia evangelizadora de la Iglesia en el mundo obrero, en las élites intelectuales y entre las artísticas". La segunda, la advertencia de que "se requiere la participación del laicado no sólo en la fase de ejecución de la pastoral de conjunto, sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión".

UNA IGLESIA MAS EVANGELIZADORA EN LAS GRANDES CIUDADES DE AMERICA LATINA

Antonio González Dorado, S.J.

En la problemática pastoral planteada en el documento de Puebla aparece constantemente la preocupación de nuestros Obispos por la evangelización de las grandes ciudades latinoamericanas, que se encuentran, al menos la mayor parte de ellas, en un proceso de crecimiento, que las sitúa entre las megápolis del mundo.

No es extraño que nuestra Iglesia se sienta desorientada y desajustada pastoralmente ante estos nuevos fenómenos del urbanismo moderno, como está sucediendo en otras partes del planeta. En efecto, la Iglesia había creado sus fórmulas pastorales para unas ciudades cualificadas por su sedentarismo y emplazadas en áreas casi dominables peatonalmente, que permitían el conocimiento de la mayoría de los ciudadanos entre sí, de tal manera que, al interior de la ciudad, predominaban las relaciones de vecindad. Por ese motivo, a excepción de ciertos servicios especializados —seminarios, universidades, colegios, hospitales, etc.—, la catedral con sus parroquias en las que se centralizaban las organizaciones piadosas y asistenciales, los movimientos apostólicos, y la asistencia a los fieles, eran estructuras pastorales suficientes para la evangeliza-

ción de las ciudades.

Pero, el fenómeno urbano ha cambiado cuantitativa y cualitativamente: poblaciones millonarias en crecimiento y expansión constantes; nomadismo cotidiano de los ciudadanos, sometidos a las exigencias de una vida pluri-espacial; complejidad de horarios, impuestos por las diferentes necesidades de la ciudad que originan una población diurna y otra nocturna; expansión acelerada de todo tipo de informaciones; atracciones múltiples para los denominados tiempos de ocio, etc., etc.

A todas estas innovaciones de la ciudad moderna que exigen una renovación y adaptación de la pastoral de la Iglesia y de sus modelos operativos evangelizadores, hay que añadir los problemas específicos de las ciudades latinoamericanas, tales como la pluriculturalidad de la población, las fuertes concentraciones de juventud, “la creciente brecha entre ricos y pobres, (de tal manera que) el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas” (P. 28). Y todo esto acontece dentro de un contexto en el que casi la totalidad de los habitantes están bautizados y se reconocen como cristianos especialmente con el típico lenguaje de la religiosidad popular, aunque simultáneamente “viven un catolicismo popular debilitado” (P. 461).

Difícil es, sin duda, para la Iglesia enfrentar acertadamente estas amplias y complejas situaciones de nuestras grandes ciudades con una reconocida carencia de sacerdotes y agentes de pastoral (P. 78), y que tienen que afrontar constantemente “problemas hasta ahora no conocidos” en el seno de unas poblaciones donde se trastornan los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia (la

familia, la vecindad, la organización del trabajo), y las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana” (P. 431).

Es lógico que, ante esta problemática grave y común en las grandes urbes de nuestro continente, los Obispos hayan marcado en Puebla “la necesidad de trazar criterios y caminos, basados en la experiencia y en la imaginación, para una pastoral de la ciudad” (P. 441).

Más aún, es importante el advertir la trascendencia de una pastoral bien orientada y montada en las grandes ciudades. En Puebla se ha reconocido la transformación cultural que en estos años está sufriendo toda América Latina —la ciudadana y la rural—, por la incorporación acelerada de la cultura urbano-industrial, con imprevisibles consecuencias para el continente, según las características con las que ésta se enraíce y adopte (P. 421-428). Pero es en las ciudades donde se están gestando los nuevos modos de cultura (P. 441) y desde donde se transmiten al resto de la población, siendo también las nuevas ciudades industrializadas el motor de la nueva civilización (P. 429). Desde este punto de vista, podemos afirmar que es principalmente en las grandes urbes donde se está jugando el futuro del continente latinoamericano: de una América Latina más libre, más humana y más cristiana, o de una América Latina desintegrada por la violencia y por la pérdida de su fe.

Frente a este desafiante futuro, en el que se arriesga la sangre y la liberación integral de los pueblos latinoamericanos, la Iglesia, desde su función y misión evangelizadoras recibidas de Cristo, tiene una responsabilidad excepcional, que le confieren el mandato de Jesús y la trascendencia

de su historia plurisecular en el continente, y que ha de asumirla con fe, con humildad, con valentía y con creatividad, en una palabra, con el fervor de los santos, según expresión consagrada por Pablo VI.

Desde esta óptica amplia, tres son las preguntas fundamentales que se abren a nuestra consideración: *qué es evangelizar en la ciudad y a la ciudad*, pregunta de globalidad; *cómo evangelizar en la ciudad y a la ciudad*, pregunta de operatividad; *qué caminos se deben seguir para la instauración de una nueva pastoral que responda a las necesidades de las actuales ciudades*, pregunta de estrategia pastoral.

Responder a estas preguntas sólo me es posible ofreciendo algunas reflexiones y sugerencias al diálogo que hoy mantienen sobre el tema los interesados en la renovación y adaptación de la pastoral urbana en las ciudades de América Latina. Serán reflexiones y sugerencias que se mueven en el amplio contexto del Concilio Vaticano II, de Medellín, de Puebla y del magisterio pontificio más importante tanto de Pablo VI como de Juan Pablo II, teniendo en cuenta los aportes del urbanismo y la bibliografía existente sobre el tema.

I. LA MISION EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA URBANA

Al iniciar nuestras reflexiones es necesario establecer la concepción de Iglesia Urbana y de Ciudad en las que nos movemos para poder determinar la relación fundamental y básica que ha de establecerse entre la Iglesia y la Ciudad, punto de partida de las ulteriores sugerencias pastorales.

Partimos de una comprensión de Iglesia operativa y evangelizadora, considerándola en tres niveles diferentes: la Iglesia Universal; la Iglesia Local —entendida en su sentido teológico y jurídico como la comunidad cristiana presidida por un Obispo y ubicada en un espacio determinado—; y la Iglesia Local Urbana, es decir la comunidad católica que vive y se organiza en una ciudad concreta.

Misión de la Iglesia

La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios que tiene la misma misión evangelizadora de Jesucristo: Fiel al proyecto de Dios Padre, colaborar con la fuerza del Espíritu Santo en la salvación integral de la humanidad, mediante un método original y propio —el método del Reino de Dios proclamado en el Evangelio— que pretende alcanzar dicha salvación por la conversión interna de las personas, de las culturas y de los pueblos. Por consiguiente, la Iglesia ha de concebirse primariamente como un cuerpo de salvación, el Cuerpo de Cristo, según la expresión paulina.

La salvación a la que aspira la Iglesia es una *salvación integral* del hombre, es decir, bajo todos sus aspectos. En síntesis, es una salvación que pretende simultáneamente la filiación divina del hombre en Cristo, su encuentro fraternal con los otros hombres y el señorío sobre la naturaleza.

Pero, precisamente porque la salvación pretendida por la Iglesia es integral, el sujeto último al que la Iglesia evangeliza, buscando su conversión al Reino de Dios, es *la comunidad humana total*, los pueblos y las culturas, ya que sin la conversión del pueblo y de su cultura la salvación integral de las personas, mientras se camina por la tierra, se hace prácticamente imposible.

En orden a la conversión de los pueblos y de las culturas, la Iglesia, como Cristo, orienta su actividad inmediata a la conversión de personas que se incorporan a su cuerpo y al dinamismo de su misión, y a la formación de ambientes que comienzan a vivir en el interior de una determinada cultura conforme a las exigencias del Reino, mientras simultáneamente anuncia el Evangelio de Dios y denuncia el pecado esclavizador y deshumanizante del mundo. Pero, al mismo tiempo, descubre con alegría y esperanza aquellas personas, movimientos y ambientes que, sin ser cristianos, aparecen actuando con la dinámica del Reino hacia los mismos objetivos para colaborar con ellos en la instauración de un mundo nuevo (G.S. 19 y 22), porque Satanás no echa a Satanás (Mt. 12, 25-29).

Pero la Iglesia, en su misión de salvación, actúa con un *método original y propio*, opuesto al método o a los métodos utilizados por los sistemas marcados por el pecado, ya que la transformación liberadora del mundo no pretende realizarla por caminos de fuerza e imposición, sino por la conversión interna y profunda que ha de originarse en el mismo corazón de los pueblos y de las culturas.

Siguiendo el pensamiento paulino, la sociedad pecadora está dominada por el pecado, la muerte y la ley. Cuando dicha situación se transforma en dinamismo conformador del mundo y de la sociedad, se articula operativamente con hombres endiosados, cuyo poder descansa en la fuerza temerosa de la muerte —que se transforma en homicidio—, y en la imposición de sus propios proyectos —el despotismo de la ley y de los ideologismos—, que continúan restaurando y regenerando continuamente el mismo esquema de señores y esclavos.

El dinamismo de la Iglesia se apoya en la subordinación a la Soberanía de Dios (Reino de Dios), que establece como fuerzas de transformación de las culturas y comunidades el amor-servicio a los hombres, el respeto a la vida y la promoción de la verdadera libertad. Por ese motivo, el instrumento del que dispone la Iglesia para realizar su misión se reduce originalmente a la fe de la propia Iglesia, a la fuerza de la Palabra de Dios —que anuncia siempre la Buena Noticia y que denuncia los pecados históricos y concretos—, y a los signos que realiza con el testimonio de que ya es posible vivir conforme a las exigencias del Reino, incluso en un mundo en el que externamente prevalece el pecado.

Por último, la Iglesia tiene que realizar su misión constituyéndose con la fuerza del Espíritu y de la Eucaristía en un *cuerpo compacto, unido y orgánico*, con una clara conciencia de corresponsabilidad y misión comunes, que es lo que le permite aparecer como el nuevo Pueblo de Dios en la tierra, como Cuerpo de Cristo para la salvación del mundo, como sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG. 1).

La Iglesia Local

La Iglesia se realiza y expresa en las denominadas Iglesias Locales, comunidades cristianas que, bajo la dirección de un Obispo, viven en medio de un pueblo ubicado en una geografía concreta. Estas “Iglesias-en” —para utilizar la terminología del Nuevo Testamento—, sin perder la perspectiva universal de toda la Iglesia y manteniendo la comunión con las otras Iglesias Locales esparcidas por toda la tierra, tienen como misión inmediata la evangelización del pueblo en el que viven, colaborando en su

salvación integral y comunitaria.

Estas Iglesias para poder realizar la misión que el Señor les ha encomendado han de asimilar vitalmente el principio teológico-pastoral de que “la evangelización exige la encarnación”.

Por dicho principio, la Iglesia Local ha de ser una Iglesia *inculturada* e integrada fundamentalmente por miembros del mismo pueblo en el que se realiza. Ha de ser también una Iglesia inhistorizada, es decir, sumergida en la corriente histórica de dicho pueblo con el que comparte sus gozos y sus esperanzas, sus tristezas y sus angustias, sus riesgos y su caminar (G.S. 1), de tal manera que el pueblo pueda reconocerla como una realidad que le pertenece, manteniendo simultáneamente la fidelidad a Cristo y la fidelidad al pueblo, al que ha de *acompañar pedagógicamente* en el proceso de su conversión.

Pero la encarnación del Verbo se ha realizado históricamente en un lugar privilegiado, manteniendo el principio salvífico universal de Dios que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad” (1 Tim 2,4). Este lugar es la pobreza y consiguientemente los pobres, porque el “Verbo se hizo carne” (Jn 1,14), y “a pesar de su condición divina, tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos” (Fil 2, 6-7), siendo incluso injustamente situado entre los malhechores (Jn 18,30). El mundo de los pobres ha sido perfectamente delimitado por Puebla (P. 29-41) como el grupo de los que carecen injustamente de la participación en los poderes de este mundo, sufriendo todo tipo de consecuencias inhumanas, en las que definitivamente queda violada la dignidad de la persona humana. Siguiendo la dinámica desencadenada en

los últimos años por Juan XXIII y por el mismo Concilio Vaticano II, ha sido especialmente la Iglesia latinoamericana la que ha proclamado “la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres” (P. 1134), descubriendo que cuando con ojos de fe se baja al mundo de los pobres la Iglesia se sitúa en una óptica privilegiada para comprender lo que supone la salvación integral y comunitaria, concreta e histórica en un pueblo determinado. Bajar al mundo de los pobres, identificándose y solidarizándose con ellos con un mensaje evangelizador es por excelencia señal y prueba de que la Iglesia continúa la misma misión de Jesús (P. 1142). Bajar al mundo de los pobres es descubrir un insospechado potencial evangelizador (P. 1147).

A mi juicio, este tema de la opción preferencial por los pobres —en todas las dimensiones evangélicas radicales que implica—, ampliamente desarrollado por la Iglesia Latinoamericana, es una exigencia teológico-pastoral de las Iglesias Locales, y que denomino como principio de *impauperación*, que mantiene la fidelidad al modo histórico de realizarse la encarnación del Verbo.

Iglesias Locales, donde sus miembros en fe y caridad viven estrechamente unidos entre sí bajo la dirección pastoral del Obispo, asimilando el realismo que ofrecen la inculturación, la inhistorización y la impauperación, son las que pueden afrontar con Jesucristo la fuerza del Espíritu Santo la evangelización concreta que exige un pueblo en sus circunstancias históricas para su salvación integral y comunitaria.

La Iglesia Local Urbana

Entiendo aquí por Iglesia Local Urbana la comunidad católica, jerárquica y carismáticamente dotada, enraizada en una ciudad y que tiene como misión la evangelización, conversión y salvación integral de la comunidad ciudadana, para que la ciudad terrena sea simultáneamente la ciudad de Dios, lo cual no coincide necesariamente —en una manifestación pural del Reino de Dios mientras la humanidad marcha en la historia— con la medieval ciudad cristiana.

Característica específica de la Iglesia Local Urbana es su *inculturación urbana* lo que implica su sintonía con el ethos urbano, la asimilación y adaptación al complejo sistema de vida ciudadana y su ubicación precisa en la ciudad dentro del conjunto de funciones que se orientan a la promoción del bien de los ciudadanos y de la comunidad urbana.

Entiendo por *ethos urbano* el conjunto de responsabilidades y exigencias morales que surgen en el seno de la comunidad específicamente ciudadana, en orden a que la ciudad sea lo que debe de ser desde una perspectiva eminentemente humana, de tal manera que el bien integral del hombre se constituya en la norma de todo el proceso ciudadano. Posteriormente desglosaremos los capítulos más importantes de este ethos ciudadano.

La segunda nota de la inculturación urbana es la *adaptación de la Iglesia al complejo sistema de vida ciudadana*. En efecto, dada la misión evangelizadora de la Iglesia, en su organización y prestación de servicios debe de acomodarse, manteniendo la integridad del Evangelio, a las posibilidades y modo de ser del hombre ciu-

dadano, a su ritmo de vida y a sus diversas organizaciones, lo que supone en la Iglesia un desarrollo de su capacidad creadora y una gran flexibilidad en sus estrategias misioneras pastorales y en la aplicación de sus propias leyes eclesiológicas.

Por último, la inculturación de la Iglesia en la ciudad, exige que ésta descubra con exactitud y viva *el lugar que le corresponde en la ciudad*, dentro del conjunto de las funciones ciudadanas, que han de mantener con respecto a la Iglesia la legítima independencia y autonomía que son propias de las realidades temporales (G.S. 36).

Para la determinación del lugar exacto que corresponde a la Iglesia en la ciudad coinciden la apreciación de la sociología urbana y el magisterio de la Iglesia emitido en la “Declaración sobre la libertad religiosa”.

Conforme a la enseñanza del Concilio Vaticano II, “la misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso” (G.S. 42). Desde este punto de vista, la Iglesia, sepultando definitivamente el viejo sistema de cristiandad, se sitúa conscientemente tanto en la sociedad como en la ciudad, entre las estructuras y organizaciones denominadas libres —correspondientes al derecho de libre asociación de los ciudadanos—, proclamando y declarando los derechos de libertad que le competen como comunidad religiosa y que deben ser reconocidos y respetados por las autoridades políticas de la ciudad (D.H. 4).

De esta manera, la Iglesia, respetando las autoridades políticas de la ciudad se sumerge en el ámbito modesto

de los ciudadanos, de la humanidad, que legítimamente postulan la libertad para asociarse en intereses comunes —en nuestro caso de tipo religioso— y para colaborar, desde su originalidad e iniciativa, en el mejoramiento de la comunidad ciudadana.

Así la fuerza y el poder de la Iglesia en la ciudad aparecerán exclusivamente fundados en la Palabra de Dios revelada en Cristo y en las exigencias postuladas por la dignidad de la persona humana. Hecha y vivida su opción preferencial por los pobres de la ciudad, desde su vocación ética, religiosa y evangélica, su acción evangelizadora se orienta a promover el bien de la comunidad ciudadana conforme a las urgencias del Reino de Dios y del ethos urbano, renunciando conscientemente, lo mismo que Cristo, a la asunción de los poderes políticos que rigen la ciudad tanto explícita como implícitamente, como sería mediante pactos o compromisos que terminarían amenazando su legítima libertad de expresión y acción, que le ha sido dada directamente por el Señor Jesús. Ahí es donde la Iglesia puede ser la voz de los que no tienen voz, pero corriendo los riesgos de los marginados de este mundo, los mismos que padeció en su propia carne Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia Local Urbana, inculturada de esta evangélica y urbana manera en la ciudad, constituyendo un cuerpo cristiano de salvación, surge como fermento y orienta su evangelización a la salvación integral y comunitaria de la urbe, es decir, de toda la comunidad ciudadana. Ese es el sujeto global al que se dirige: la ciudad misma concebida en toda su globalidad mientras siguen viniendo “los pájaros a anidar en sus ramas” (Mt 13,32).

II. UN ACERCAMIENTO A LA COMPRENSION DE LA CIUDAD

El sujeto último y global de evangelización de la Iglesia Local Urbana es la ciudad, cuya conversión integral y comunitaria desde el corazón de su interioridad y de su cultura es lo que se pretende. Pero, ¿qué es una ciudad? El evangelizador necesita conocer al sujeto de su evangelización.

De hecho es casi imposible dar una definición de ciudad. Detrás de dicha palabra se encuentran las imágenes y concreciones más diversas según las diferentes culturas y momentos históricos en los que aparecen, evolucionan y viven las ciudades.

Por eso pretendo, de una manera sencilla, ofrecer un acercamiento a la comprensión de la ciudad en general, de la ciudad actual y, más en concreto, de la ciudad latinoamericana, objetivo más específico de nuestra preocupación pastoral.

La ciudad en general

La ciudad fundamentalmente es una concentración humana en un determinado punto del espacio, que se reconoce y es reconocida con una determinada función: ser centro de ciertos servicios especializados (administrativos, financieros, comerciales, culturales, religiosos, recreativos, etc.) para ciudades de segundo orden o poblados ubicados en una región más o menos amplia sobre la que la urbe ejerce su influencia. Desde este punto de vista, el sistema urbano siempre ha sido más amplio que la ciudad, ya que simultáneamente comprende la región

centralizada y coordinada, y la urbe centralizadora lo que supone un sistema de relaciones abiertas entre el campo y la ciudad, utilizando una expresión simplificada pero sugerente.

La población urbanista — es decir, la que vive en la ciudad—, organiza y elabora su propio medio ecológico humano —la urbe—, que simultáneamente ejerce, al menos para la mayoría de sus ciudadanos, las funciones de “habitat”, en su sentido más amplio, y de instrumento de trabajo.

La concentración urbana se constituye de esta manera en un tipo de comunidad humana muy específica en la que se pueden marcar entre otros los siguientes caracteres:

a) La ciudad tiene su *propia identidad* —por las que se diferencian unas ciudades de otras—, con una *conciencia colectiva*, por la que los habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad, —es decir, a tal comunidad urbanista—, considerando sus logros y sus fracasos colectivos como propios.

Esta conciencia colectiva e identificativa implica que los ciudadanos reconocen la existencia de unas *responsabilidades comunes*, de una cierta *participación y comunión*, factores que posibilitan el desarrollo concreto de la ciudad.

b) La ciudad es una comunidad humana muy *sensible a los fenómenos que ocurren a su exterior*, de los que, en alguna manera, se siente dependiente y tributaria, pues de tales fenómenos depende en gran parte su caos o su porvenir. Por ese motivo suele ser especialmente *receptora de noticias e informaciones*.

c) En su interior la comunidad urbana se caracteriza por las *especializaciones complementarias* de sus habitantes (maestros, médicos, comerciantes, artesanos, basureros, etc., etc.), lo que exige un sistema regulado y coherente de relaciones que determina la organización de la ciudad.

La organización se manifiesta casi visualmente por la *zonificación* de sus espacios, por la distribución de sus servicios, por las facilidades de comunicación y por la *sincronización* o control del tiempo. Estos factores han de quedar garantizados por la responsabilidad de una autoridad urbana y por la disciplina de los propios ciudadanos.

d) Dada la importancia de las especializaciones complementarias con una acertada organización para la buena marcha de la urbe, la ciudad origina un tipo de comunidad en la que se valoran prioritariamente las *relaciones de tipo primario* (relaciones objetivas) sobre las de tipo secundario (relaciones subjetivas).

Las relaciones de tipo primario son funcionales o profesionales. Por ellas se establecen los contactos con el médico, el maestro, el mecánico, el almacenero, etc., y mediante ellas se constituye el engranaje de la fluidez y operatividad de la vida ciudadana. En este tipo de relaciones más que la simpatía o la amistad, se valora *la capacidad, la disponibilidad y la responsabilidad* de los especialistas y funcionarios. Así aparece el llamado *anonimato urbano*, que establece una disociación entre la vida pública y la vida privada de los ciudadanos, al mismo tiempo que surge en la conciencia ciudadana un nuevo modelo de comunidad-objetiva.

e) Frente a esta rígida organización objetiva que im-

pone el sistema urbano, la ciudad en su interior crea otro sistema que favorece la *originalidad*, la *libertad* y la *intimidad* de los ciudadanos.

Así aparece en las *múltiples posibilidades* que la ciudad debe ofrecer de ocupación, diversión, información y servicios, a los que se debe tener acceso según las tendencias, aficiones, preocupaciones o necesidades de cada ciudadano.

La ciudad es un espacio donde tienden a multiplicarse las *asociaciones libres*, constituídas por personas que sintonizan entre sí en unos mismos intereses o aficiones y en las que pueden establecerse relaciones de tipo secundario, incluso en el plano de la amistad.

Por último, el mismo volumen demográfico de las ciudades y las exigencias de una cierta *tolerancia* que impone una convivencia masiva, favorece el respeto a la privacidad, originando un ambiente permisivo para la expresión libre de cada persona.

f) El ciudadano dentro del área urbana de su ciudad nunca se siente ausente e, incluso, al menos teóricamente, debería sentirse seguro hasta en zonas desconocidas o poco frecuentadas por él. Pero dentro de este cierto sedentarismo urbano, es típico del urbanista su *pluriespacialidad*, casi con ritmos cotidianos, semanales, etc. Sobre todo en la ciudad moderna, suelen quedar muy distantes el hogar, el lugar de trabajo, el sitio de descanso o diversión, etc. Además, dicha pluriespacialidad se multiplica en cada familia según el número y la condición de sus miembros.

La pluriespacialidad real de los ciudadanos absorbe un número de sus horas en cada uno de los espacios, teniendo que reservarse un remanente importante de tiempo a la mera movilidad.

Hasta aquí algunas características de la ciudad que adquieren especial relevancia en la ciudad moderna, como veremos posteriormente.

Ethos y humanismo urbanos

Toda comunidad humana específica al congregarse queda marcada por *unas exigencias internas de humanización en su proceso y desarrollo*, que determina el humanismo propio de dicha comunidad. Al traducirse dicho humanismo en una responsabilidad que ha de ser asumida por la propia comunidad y por sus miembros, nos encontramos con el ethos comunitario. Es el fenómeno que encontramos también en la comunidad ciudadana, originándose un ethos y un humanismo específicamente urbanos.

Se trata de un *tema de especial trascendencia para comprender las contradicciones y los conflictos* que se generan en el fondo de las comunidades urbanas. Sólo intento ofrecer algunas pistas para posibles elaboraciones futuras que puedan realizarse con mayor profundidad. Se trata de un esquema montado sobre la descripción que he ofrecido sobre la ciudad.

1. La ciudad, de suyo, es un ente socializado porque la ciudad es de todos y para todos los ciudadanos; su construcción y remodelación constantes exigen la colaboración y la corresponsabilidad de toda la ciudadanía.

Esto muestra la exigencia de una democracia urbana, con los instrumentos necesarios de información, diálogo y participación en las decisiones que afectan a toda la ciudadanía.

2. Toda ciudad es una comunidad abierta al exterior, como entidad de servicio a la región que centraliza y como dependiente de otros centros superiores, conforme al modelo ofrecido por Christaller.

Consiguientemente, la ciudad no puede ensimismarse. Con relación a la zona que centraliza, la urbe se realiza en la medida en que, deponiendo posturas dominadoras o parasitarias, promueve el desarrollo total de dicha zona.

Pero simultáneamente, la comunidad urbana ha de defender los límites de su legítima autonomía y autodeterminación de los otros entes exteriores de los que ella necesariamente depende.

3. La ciudad es el instrumento de trabajo para la ciudadanía. Esto exige la promoción de los puestos de trabajo necesarios y económicamente rentables para que todos los ciudadanos puedan llevar una vida humana, con el excedente económico necesario para atender a los servicios comunes que han de llegar equitativamente a todos y para la atención de aquellos ciudadanos que por diferentes motivos se encuentran incapacitados de enfrentar la vida por sí solos.

4. La ciudad tiene que ser un habitat humano para todos y cada uno de sus habitantes, lo que exige la atención al medio ecológico general y la promoción de un sistema que permita a todos los ciudadanos un tipo ade-

cuado de vivienda, transporte y otras clases de servicios que sea verdaderamente humano para los individuos, las familias y las subcomunidades.

5. El sistema organizado de la ciudad exige la incorporación responsable de las personas a la organización, conscientes de la necesidad de su colaboración para la marcha de la ciudad y para que ésta pueda cumplir con su misión de servicio a la zona que centraliza.

Pero, al mismo tiempo, la organización global postula que los ciudadanos puedan organizarse en otras organizaciones intermedias y libres, en las que se encuentren especialmente realizados como personas totales —subjetividad y objetividad—; desde las que, de diferentes maneras puedan influir en el mejoramiento de la organización global; desde las que puedan defender sus legítimos derechos o/y compaginar los derechos encontrados en los diferentes grupos o funciones ciudadanas.

6. La densidad demográfica de las grandes ciudades exige un profundo respeto a la pluralidad de las opciones personales y una gran tolerancia, en la medida en que no quede afectado el orden público, dado que sólo en el respeto a la libertad personal y grupal se hace posible la convivencia urbana.

7. Por último, la ciudad ha de estar estructurada y organizada de tal manera que cada ciudadano se sienta personalmente atendido en sus necesidades fundamentales y en el desarrollo de su propia personalidad.

Sin duda que estos puntos pueden ser ampliados o impostados de otra manera, pero al final encontraríamos que

el ente-ciudad ha de tener como normativa el bien del hombre, siguiendo el planteamiento hecho por Juan Pablo II en temas similares, con una insistencia en la promoción de la responsabilidad protagónica —no meramente pasiva—, de la libertad, de la justicia social y distributiva —tanto en las cargas como en los beneficios—, y en el servicio.

La fidelidad al ethos y al humanismo urbanos garantiza la humanización progresiva de la ciudad en la dinámica del Reino de Dios.

Factores coadyuvantes y distorsionantes

Por el desarrollo temático que he realizado hasta este momento sobre la ciudad, podemos tener la impresión de que la realidad y la cultura urbanas surgen automáticamente y con sus propias leyes por sí mismas. Pero el fenómeno es mucho más complejo en la realidad.

Los sistemas urbanos han surgido siempre en el ámbito de una cultura determinada o incluso en un espacio de convivencia multicultural. Dicha realidad cultural o pluricultural condiciona y se integra dentro del sistema urbano, originando una nueva síntesis que permite distinguir, por ejemplo, entre culturas urbanas orientales y occidentales. Más aún, incluso dentro de un mismo sistema urbano, normalmente se originan dos subculturas: la urbanista y la rural. Así la comunidad urbanista ha sido considerada como más progresista, mientras que la cultura rural —siendo también urbana— suele ser interpretada como más tradicionalista y conservadora.

De hecho un correcto sistema urbano ha de saber mantener los auténticos valores de la cultura original en la

que se ha enraizado y en la que se ha desarrollado, y provocar la comunión entre las diferentes culturas cuando se encuentran conviviendo dentro de la misma ciudad o del mismo sistema urbano. Los Obispos en Puebla se sienten alarmados ante los posibles etnocidios al afirmar que “la cultura urbano-industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas, pretende ser universal. Los pueblos, las culturas particulares, los diversos grupos humanos, son invitados, más aún, constreñidos a integrarse en ella” (P. 420).

Teóricamente la ciudad, desde su ethos y humanismo urbanos, debería ser una invitación a la progresiva humanización y adaptación de las culturas a la nueva situación ciudadana, promoviendo de esta manera una mayor identificación de cada una de las ciudades y un incremento de potencial creador para las diversas fórmulas de solución que exige la problemática de una ciudad.

Pero, el mayor peligro actual para el desarrollo del ethos urbano no está en la cultura autóctona y original sobre la que está montada la ciudad, sino en la incorporación de sistemas políticos, sociales y económicos en los que se abren las ideologías imperantes con pretensiones de validez universal que terminan dominando la ciudad, organizándola y hasta estructurándola urbanísticamente conforme a sus propios modelos, no siempre coincidentes con el ethos urbano y con la cultura autóctona de la urbe.

Este hecho ha originado y origina en muchos casos la convivencia simultánea de dos sistemas —uno dominante y otro dominado—: el ideológico foráneo y el autóct-

tono "cultural-urbano", creando las más profundas contradicciones internas de la ciudad, abocándola al caos o a la violencia.

La ciudad de la "modernidad"

Dentro del marco general de las ciudades, en nuestra época han coincidido simultáneamente un conjunto de fenómenos que han dado origen a la nueva modalidad de las urbes de la modernidad.

Intentando una síntesis apretada y simplificada, los nuevos factores son los siguientes: la aparición de la industria —como superación de la tradicional artesanía— y su integración al paisaje urbano; los nuevos sistemas de comunicación, tanto en el transporte como en la información; el desarrollo del mundo de las finanzas, como expresión de las exigencias de concentración y acumulación de capital; todos estos factores dinamizados dentro de modelos "economicistas".

Estos factores han incidido poderosamente en las ciudades, convirtiéndolas en poderosos centros industriales —de tal manera que durante mucho tiempo las ciudades han quedado simbolizadas por las chimeneas de sus fábricas— desarrollando su comercio y multiplicando los centros financieros, generalmente edificados en el sector más noble de la ciudad que curiosamente recibe el nombre de "city".

Simultáneamente, por efecto de estos mismos factores y por la rápida asimilación de los nuevos medios de comunicación, la ciudad se ha convertido en un gran centro de circulación y comunicación humana, receptor y trans-

misor de toda clase de información y de todas las corrientes del pensamiento con sus problemas, planteamientos y soluciones, creando una nueva conciencia de la peculiar importancia de la ciudad, favoreciendo el pluralismo de los ciudadanos aunque, generalmente, dentro del rigor del modelo economicista imperante y del que se hace propaganda constante por los medios más diferentes.

Este nuevo modelo de ciudad, de hecho —y prescindiendo en este momento de sus causas— ha provocado fuertes inmigraciones hacia las urbes que unidas a los avances sanitarios, han originado su gigantismo especial y demográfico multiplicando los fenómenos de las megápolis, de las conurbaciones y de las denominadas áreas metropolitanas.

Dos modelos de las ciudades de la "modernidad"

Este tipo de ciudad se ha generalizado de tal manera que lo podemos encontrar en cualquier parte del mundo. Pero, claramente aparecen dos modelos según que dichas ciudades se encuentren ubicadas en países fuertemente desarrollados o en países subdesarrollados o en vías de desarrollo.

En los países muy desarrollados, superadas las primeras etapas de su industrialización, el imperio de su economicismo con extraordinarios recursos económicos ha tendido a equilibrarse con un mejoramiento del medio ecológico en el que se desenvuelve el sistema urbano y con un incremento de las posibilidades económicas y de trabajo de su población. Generalmente, también en estas ciudades, con grandes recursos económicos han promovido la socialización y mejoramiento de todo tipo de servicios para

los ciudadanos, originándose una cierta situación de bienestar aunque con frecuencia desequilibrada por la incitación constante del consumismo.

Las ciudades en zonas de subdesarrollo o en vías de desarrollo presentan una imagen bien diferente. Su industria, su sistema de comunicación y de información —desde aspectos muy variados—, su economía y su sistema financiero están condicionados por una fuerte dependencia con centros poderosos del exterior (los que Puebla ha denominado como grandes potencias), limitando las capacidades de autodeterminación y de autogestión de la propia comunidad urbana.

Este hecho, por diferentes caminos, genera un conjunto de fenómenos enlazados entre sí que entran en abierta contradicción con el ethos urbano. En primer lugar surge *el parasitismo de la ciudad* sobre la región que centraliza, imponiéndole simultáneamente los modelos economicistas, lo que provoca una huída del campo, cada vez más inhumano y con menos posibilidades, y una inmigración masiva y descontrolada a las ciudades. Las ciudades, a su vez se sienten invadidas y, bien por su propia limitación, bien por las rígidas normas del economicismo por las que se rigen, se origina una *desproporción entre población y trabajo*, surgiendo una inmensa masa desocupada generalmente encubierta por el comercio-hormiga, los pequeños servicios de sobrevivencia e incluso por el incremento de una burocracia inútil, con las secuelas del desarrollo de la prostitución, la criminalidad, la mendicidad, etc.

Urbanísticamente se originan los enormes cinturones de los denominados *barrios marginados*, con fre-

cuencia establecidos por mera ocupación de sus habitantes y caracterizados por la inhumanidad de la vivienda, por la ausencia o precariedad de los servicios e, incluso, por su inseguridad interna. Frente a ellos suele surgir una llamativa “city”, en la que se concentran los grandes bancos, los lujosos comercios y centros de diversión y en estratégicos lugares los “barrios residenciales” que, en parte por las exigencias de los nuevos sistemas varios ciudadanos, en parte buscando su aislamiento y seguridad, comienzan a estructurarse en los denominados polígonos.

Todos estos fenómenos conducen a la población urbana a un *punto crítico de contradicciones y caos*, que se traduce en conflictos sociales —profundos conflictos urbanos—, cuya dinámica se procura aminorar con *soluciones precarias y coyunturales*, del todo insuficientes desde el punto de vista de ethos urbano, con campañas antinatalistas —que ojalá no generen con el tiempo su complemento de campañas eutanásicas— o con la represión.

Lógicamente, todos estos nuevos factores y consecuencias unidas, dan origen a una novísima cultura urbana, extraordinariamente compleja, cargada de valores, pero en la que sobresalen los antivalores, que inciden en todos los sectores de la vida —político, social, familiar, estético, pedagógico y religioso—, con un cúmulo inédito de problemas interrelacionados que vuelven a abrir en un nuevo contexto urbano las tres preguntas fundamentales: qué es el mundo, quién es el hombre, quién es Dios.

La ciudad del futuro

En el horizonte histórico ya comienzan a aparecer

nuevos fenómenos que pueden tener una especial trascendencia para la vida de las ciudades: la utilización de la energía nuclear e incluso solar, la automatización y la informática, con la aparición de las denominadas ecumenópolis.

Aún no sabemos la trascendencia que puede suponer este horizonte para las futuras ciudades. Pero ya desde ahora, la Iglesia tiene que estar atenta a las nuevas corrientes para que puedan ser evangelizadas en su mismo nacimiento, acompañándolas en su posterior proceso.

III. LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Una vez que hemos intentado presentar una visión comprensiva y global de la ciudad, tiene especial importancia el comprender la ciudad latinoamericana, objeto de evangelización por parte de nuestra Iglesia.

Si, como indicaba al comienzo de la parte anterior, es prácticamente imposible elaborar una imagen común de ciudad, lo mismo sucede cuando se quiere presentar la ciudad latinoamericana. No obstante sus marcadas diferencias —lo que exigiría al menos la presentación de una tipología fundamental desde distintas perspectivas— hay una serie de características comunes por las que se define de alguna manera la ciudad latinoamericana. Este es el intento que pretendo presentar.

La comprensión de la ciudad actual en América Latina necesita una profundidad histórica, lo que nos hace recordar las tres fases fundamentales del urbanismo latinoamericano, apoyados fundamentalmente en los estudios de Hardoy.

La ciudad colonial

Entre 1520 y finales del siglo XVI, españoles y portugueses fundaron la gran mayoría de las ciudades y asentamientos de América Latina construídos durante el período colonial, entre ellos casi todos los que actualmente tienen importancia internacional, nacional y hasta regional.

El sistema urbano conseguido, incluso el modelo de sus ciudades, fue el resultado de una *consciente política urbanizadora* promovida con espíritu de *conquista* —de “Conquista Espiritual” hablaría incluso el P. Ruiz de Montoya para caracterizar el emprendimiento de las reducciones guaraníes en el Paraguay— con asentamiento *colonial* y bajo régimen de *cristiandad*.

Bajo este signo, tres tipos de centros urbanos alcanzaron especial importancia: los portuarios, los políticos administrativos y los mineros. Así se construyeron, por ejemplo, dentro del área española, México y Lima, Buenos Aires y Bogotá, Santiago, Quito y Guatemala, centros intermedios entre la política imperial de España y el sistema productivo —minero y/o agrícola ganadero— de las denominadas Indias Occidentales.

La importancia de las ciudades portuarias marcan decididamente el movimiento centrífugo del sistema urbano instalado y orientado hacia las metrópolis, mientras que dentro del propio territorio la estructura espacial comenzó a funcionar de manera centrípeta respecto a los polos regionales de la colonia y de los grandes centros político-administrativos.

Desde un principio el sistema urbano colonial se mon-

tó sobre la *pluriculturalidad* —aceptación de culturas aborígenes y culturas africanas— que favorecían el mestizaje, pero con sometimiento a la cultura metropolitana mediante los sistemas establecidos de encomienda para los amerindios y de esclavitud para los negros traídos de África. *La expansión rápida del cristianismo*, desde un punto de vista estrictamente sociológico, favoreció ciertos niveles de integración continental dentro de la pluriculturalidad, fácil de advertir actualmente en América Latina, pero sin lograr conseguir una situación de cierta paridad, dando validez para el pasado la afirmación hecha en nuestros días por Puebla: “en pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia”, de tal manera que esta comprobación aparece como “un índice acusador de que la fe no ha tenido fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos” (P. 437).

El dominio de los colonizadores con el espíritu barroco y religioso de la época, quedó plasmado en las grandes urbes coloniales.

Desde la independencia hasta 1914

Finalizado el período colonial, el sistema urbano permaneció prácticamente el mismo, aunque se incrementó el volumen y la diversificación de las materias primas y de algunos productos alimenticios exportados por América Latina hacia los nuevos mercados europeos, principalmente hacia Inglaterra, que mediante créditos abrió el consumo de sus productos manufacturados a los mercados latinoamericanos.

Son los años de la industrialización europea. Los intereses locales, en general, mostraron su preferencia por la importación de transporte, servicios públicos urbanos, comunicaciones, desarrollo de las finanzas y la transformación de los bienes primarios para el consumo local, nacional y eventualmente internacional.

Entre 1870 y 1914 aparece un rápido crecimiento urbano principalmente en Cuba, Litoral Argentino, Uruguay y Sur del Brasil, con fuertes corrientes inmigratorias, especialmente europeas, que se prolongan hasta 1930.

Las modernas megápolis

Con ocasión de la primera Guerra Mundial, debido a la dificultad de las importaciones, se inició un primer momento de industrialización en las ciudades latinoamericanas, con industrias generalmente livianas, destinadas a servir a un sector minoritario de sus poblaciones nacionales, dado que los ingresos de los sectores mayoritarios eran insuficientes para llegar a esta producción.

Pero principalmente a partir de la segunda Guerra Mundial muchas ciudades dieron la imagen de una rápida industrialización, con la incorporación acelerada de los nuevos sistemas de comunicación móvil e informativa. Es el momento en que comienzan a desarrollarse las grandes industrias y entidades multinacionales.

Estos hechos, unidos a una crónica crisis rural, aceleran un rápido crecimiento urbano, pero no con nuevas fundaciones en territorios vírgenes o desocupados, como en los períodos anteriores, sino incidiendo en determinadas ciudades, cuyo desarrollo demográfico y físico ha si-

do tan extraordinario que la imagen nueva que presentan en la actualidad tales ciudades tiene poco que ver con las que ofrecían hace dos generaciones.

Estas ciudades latinoamericanas muestran *tres características* que las suelen identificar: *convivencia pluricultural* con predominancia lingüística del español o del portugués; altos porcentajes de *juventud* y pertenencia ampliamente mayoritaria al *catolicismo* con fuertes expresiones de religiosidad popular. Junto a estas características aparece perfectamente definida la imagen de la ciudad de la modernidad típica de los países subdesarrollados o en proceso de desarrollo, anteriormente descrita.

Los propios Obispos, con intuición pastoral, han presentado el cuadro de estas ciudades latinoamericanas en su documento de Puebla. Afirman que “crecen desorganizadamente con peligro de transformarse en megápolis incontrolables en las que cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas, etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica” (P. 71 y 121). Subrayan, en su contemplación “la creciente brecha entre ricos y pobres”, de tal manera que “el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas” (P. 28). Insisten en repetidas ocasiones que la “situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos... no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de miseria” (P. 29-30); las valoran éticamente como “estructuras generadoras de injusticia” (P. 437), lo que hace que “desde el seno de los diversos países está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda

justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos” (P. 87). Estos fenómenos dinamizados con las corrientes ideológicas de marcada raíz materialista y economicista que imperan o se propagan por nuestras ciudades (P. 542-550), *amenazan con una violencia globalizada y fratricida* (P. 531) con consecuencias inimaginables.

Desde el punto de vista religioso, las ciudades aparecen llenas de cristianos y de juventud cristiana, surgiendo “la necesidad de evangelizar y catequizar adecuadamente a las grandes mayorías que han sido bautizadas y que viven un catolicismo popular debilitado” (P. 461), pero comprobando simultáneamente que “el crecimiento demográfico ha desbordado las posibilidades actuales de la Iglesia para llevar a todos la Buena Nueva..., por la falta de sacerdotes, por la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, por las deserciones producidas, por no haber contado con laicos comprometidos más directamente en funciones eclesiales, por la crisis de los movimientos apostólicos tradicionales” (P. 78).

Simultáneamente los Obispos han indicado la zona del escándalo: “En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia”, surgiendo como “un índice acusador de que la fe no ha tenido fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos” (P. 437), mientras se propaga de diferentes maneras “la ideología que llamamos secularismo” (P. 434).

Estos son los *dos desafíos* que la ciudad latinoamericana lanza a nuestras Iglesias Locales Urbanas: la amenaza

—ya en muchos sitios realidad— de las luchas fratricidas y la crisis de la fe; desafíos, que expresados en sentido esperanzador y positivo, abogan por la instauración de la paz, fundada en la caridad y en la justicia, y por la maduración de la fe en nuestras ciudades latinoamericanas.

La pregunta que surge es esta: ¿Cuál es el papel de la Iglesia frente a estas ciudades concretas y cuál puede ser el sistema pastoral para realizarlo?

IV. LA IGLESIA URBANA COMO MODELO EVANGELIZADOR DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Hasta este momento hemos establecido dos presupuestos fundamentales. El primero considera a la Iglesia como un cuerpo orgánico, cuerpo de salvación, Cuerpo de Cristo, con una misión evangelizadora que, aunque tomando siempre como punto de partida las personas, tiene como objetivo último la conversión de las culturas y de las comunidades. El segundo presupuesto es la comprensión de la ciudad como una comunidad humana y como una cultura específica, marcada con sus propias exigencias y responsabilidades, y con sus propios problemas.

Al establecer la relación entre la Iglesia Local Urbana y la ciudad, nos encontramos, consiguientemente con el relacionamiento de dos comunidades inadecuadamente distintas, de las cuales la primera, es decir, la Iglesia tiene como misión la evangelización de la segunda, es decir, de la ciudad.

El problema se plantea cuando se trata de establecer la relación operativa válida —operatividad evangelizadora—, cuando la propia Iglesia se siente desbordada en sus posi-

bilidades reales (P. 78), con estructuras y organismos pastorales inadecuados para la nueva situación, frente a ciudades gigantescas y con una compleja y difícil problemática, como sucede en nuestras grandes ciudades latinoamericanas. Son situaciones en las que el peligro es o caer en la desesperanza, manteniendo lo que tradicionalmente se ha venido haciendo siempre, o la dispersión en constantes aventuras nuevas que al cabo de poco tiempo van agotando a los hombres. Por ese motivo, creo que es necesario saber focalizar la acción en un proyecto que, supuesta una sólida fundamentación, sea viable con las posibilidades reales que se tienen y pueda preverse en él eficacia evangelizadora.

Hay dos números en Puebla que nos permiten estructurar un proyecto con tales características para nuestras Iglesias Locales Urbanas. El texto es el siguiente: “La Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida. Así, en fidelidad a su condición de sacramento, trata de ser más y más en signo transparente o *modelo vivo* de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar. La pedagogía de la Encarnación nos enseña que los hombres necesitan *modelos preclaros* que los guíen. América Latina también necesita tales modelos.

Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el continente *un ejemplo* de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente de la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir caminos hacia un tipo más humano de sociedad. Y, sobre todo, donde inequívocamente se

manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre” (P. 272 y 273).

Estas orientaciones nos permitirían volcar todo nuestro interés y nuestros esfuerzos en la construcción reevangelizadora de una Iglesia urbana que de tal manera realice en sí misma la ciudad de Dios que pueda ser modelo vivo y dinámico de la ciudad terrestre en la que vive y de la que forma parte.

Modelo dinámico

Entiendo por modelo dinámico la realización de un proyecto a escala reducida pero con posibilidades y con fuerza expansiva para poder ser reproducido en escala mayor y con las diferencias oportunas exigidas por la nueva materia en la que se realiza.

El proyecto evangelizador del modelo dinámico nunca ha sido ajeno a la pastoral de la Iglesia. San Pablo se expresaba diciendo: “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 4,16), y alaba a los Tesalonicenses afirmando que “de hecho vosotros, hermanos, resultasteis imitadores de las Iglesias cristianas de Judea” (1 Tes 2,14). En los Hechos de los Apóstoles se presenta el modelo de la comunidad eclesial, cobrando especial densidad en el conocido pasaje del capítulo segundo, versículos 42 al 47.

En el fondo de la teología y de la pastoral del testimonio, hoy de tanta importancia en las reflexiones cristianas, subyace el proyecto del “modelo dinámico” como

camino acertado para la evangelización.

La fuerza del modelo está en establecer ya como posible, aún en pequeña escala, lo que los otros juzgan como imposible, mostrando simultáneamente el proceso de viabilidad.

¿No deberían nuestras Iglesias Urbanas Locales interiorizar y vivir en sí mismas el proyecto de la Ciudad de Dios de tal manera que sirvan de fermento, estímulo y modelo a las ciudades latinoamericanas para un proyecto similar en sus dimensiones y categorías correspondientes? Esta es la sugerencia, a mi juicio, más focal en el plano operativo que ha sido propuesta por Puebla.

La Ciudad de Dios en la Iglesia

No se trata, evidentemente, de que la Iglesia intente crear una ciudad paralela dentro de la ciudad, conforme al desencarnado proyecto de Tertuliano de fundar una “ciudad cristiana” en la Tracia. Miembros de la ciudad humana han de ser los cristianos urbanistas, solidarizados con ella, que viven los problemas de todos los ciudadanos y arriesgándose con todos en la búsqueda de las soluciones que su ciudad necesita.

Pero, son también miembros de una comunidad específica en el interior de la ciudad, la Iglesia. El peligro de esta comunidad eclesial es, mientras intenta cumplir con ciertas misiones y servicios al interior y al exterior de la propia comunidad, asimilar acríticamente las deficiencias y los pecados radicales de la sociedad en la que vive, lo que le haría perder su autoridad evangelizadora y su fuerza misionera y la conduciría desde su pecado interno a una

fácil tolerancia e irenismo con el "status quo" o el apoyo indiscriminado de soluciones por caminos inhumanos de violencia. En el documento de Puebla se han señalado estas dos deficiencias entre nuestros cristianos: "Ante los desafíos históricos que enfrentan nuestros pueblos encontramos entre los cristianos dos tipos de reacciones extremas. Los pasivistas: que creen no poder o no deber intervenir, esperando que Dios solo actúe y libere. Los activistas, que en una perspectiva secularizada, consideran a Dios lejano, como si hubiera entregado la completa responsabilidad de la historia a los hombres, quienes, por lo mismo, intentan angustiada y frenéticamente empujarla hacia adelante. La actitud de Jesús fue otra. En El culminó la sabiduría enseñada por Dios a Israel. Israel había encontrado a Dios en medio de su historia. Dios lo invitó a forjarla juntos, en Alianza. El señalaba el camino y la meta, y exigía la colaboración libre y creyente de su Pueblo" (P. 275-276). La asimilación interna, aunque sea acrítica, de los pecados urbanos en la comunidad de la Iglesia es la que le impide "ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (P. 274).

La dificultad, teórica y práctica, se plantea al preguntar cómo hacer de la Iglesia ciudad de Dios en nuestras inhumanas ciudades, para realizar su misión evangelizadora en la ciudad.

En nuestro caso, juzgo para ello como indispensable una conversión eclesial en la que la comunidad asimile simultáneamente y con profundidad radical el espíritu del Evangelio, el ser y el ethos urbanos, y el ser y el ethos de la cultura latinoamericana en la que simultáneamente con-

viven diferentes culturas que en el seno de la Iglesia deberían de sentirse aceptadas fraternalmente y en dinámica de mutua colaboración.

Imagen de la Iglesia Urbana como Ciudad de Dios

Esta asimilación interna por parte de la comunidad cristiana, nos permite trazar una imagen aproximada de la Iglesia como Ciudad de Dios en la conflictiva y amenazante comunidad humana.

La primera nota sería la perfecta identificación con su propio ser y misión en el interior de la ciudad, para que a partir de esta identificación procure ser lo que debe ser.

Su identificación ha de venir dada, en primer lugar, por su conciencia de ser una comunidad congregada por la fe en el nombre del Señor, de tal manera que advierta que en el fervor, la obediencia y la fidelidad de su fe a Jesucristo, es donde se encuentra el fundamento de su fuerza y de su esperanza. Cristianos son, teológica y sociológicamente, los discípulos del Señor que, de tiempo en tiempo, se congregan alrededor de la Eucaristía para vivir sus vidas conforme a las exigencias del Evangelio, conscientes de que sólo en el nombre del Señor está la salvación.

Ha de encontrar su identificación también en su libertad para *recibir a todos los hombres* que invitados por el Señor Jesús solicitan su incorporación a la Iglesia, sean considerados como justos o como pecadores por la sociedad envolvente y predominante, con tal de que quieran vivir conforme a las exigencias del Evangelio e integrarse en la caridad fraterna. En la comunidad del Señor, superando sus diferencias seculares, supieron encontrarse simultá-

neamente el colaboracionista Mateo y Judas el Zelote. El riesgo de la Iglesia es dejarse dominar en su interioridad por las exigencias exclusivistas de los radicalismos excluyentes de la sociedad. La Iglesia es un lugar privilegiado por la fuerza de la fe, donde se tiene que iniciar la reconciliación de los hombres.

La identificación de la Iglesia implica que ésta acepte su *modesto puesto sociológico* en la ciudad, pero al mismo tiempo *lo defienda con absoluta libertad cristiana*, no sólo para sí misma sino también para otras entidades similares y honestas. Su puesto, desde el punto de vista sociológico-urbano, es el de una asociación libre de carácter religioso, con todas las características que la palabra religioso implica en el n. 4 de la Declaración de Libertad Religiosa.

Como asociación libre ha de reconocer y aceptar con alegría que se encuentra ella también en la base de la comunidad humana ciudadana ante las autoridades legítimas de la sociedad, sin pretender situaciones privilegiadas que no correspondan al ámbito de las exigencias de su propio ser. Pero simultáneamente ha de defender el derecho a ser reconocida como tal asociación y respetada en la autonomía característica de toda asociación libre que en este caso viene definida y dada por el mismo Jesucristo. En caso de conflicto, la Iglesia nunca puede olvidar el principio apostólico de que antes hay que obedecer a Dios que a los hombres (Act. 4,20), incluso con el riesgo de la persecución y del martirio.

La auténtica libertad exige que la Iglesia resuelva internamente el problema de su *autofinanciación*, en todas aquellas dimensiones en las que una asociación libre no tiene justificación para pedir ayudas materiales a la econo-

mía pública de la ciudad. Incluso, para una ejemplaridad urbana debe limitar al máximo su legítimo derecho de pedir limosna a unas comunidades eclesiales del exterior con mayores posibilidades. En cualquier hipótesis, la opción decidida por la pobreza evangélica será motivo para originar una dinámica de denuncia frente a los modelos economicistas imperantes en la ciudad, evitando los gastos inútiles y las apariencias antievangélicas; en momentos de angustia podría decir con S. Pedro: "Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar" (Act. 3,6).

La identidad supone la conciencia clara de su misión: la Evangelización, con todas las dimensiones que han sido trazadas en el Concilio Vaticano II y con las puntualizaciones ofrecidas por Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*.

La segunda nota de una Iglesia urbanizada es el desarrollo de su *funcionalidad externa* y del ejercicio de dicha *funcionalidad* como servicio, similar a la funcionalidad que ha de caracterizar a la comunidad urbana.

La base de esta nota es profundamente evangélica: "Yo no he venido para ser servido sino para servir" (Mt 20,28).

Así la Iglesia saldrá de todo ensimismamiento egoísta, evitando la preocupación por sus propios intereses materiales y superando las ambiciones internas que suelen surgir en nuestras comunidades y que ya fueron fustigadas por el mismo Jesús en la comunidad apostólica en la Última Cena.

Pero el servicio de una Iglesia urbana y su funcionalidad

tiene diversas dimensiones que han de ser simultáneamente atendidas. En primer lugar, *la Iglesia Local Urbana* ha de procurar *ciertos servicios* tanto desde la dimensión humana como eclesial a la zona que está centralizada por la ciudad. Esta actitud abierta le permitirá concientizarse mejor de los problemas reales de dicha región, los que ha de asumir en el mensaje evangelizador que ha de transmitir a la ciudad en la que está emplazada. La ceguera de la ciudad frente a los problemas inhumanos de la región que centraliza termina destruyendo a la misma ciudad. Además, para la Iglesia, este contacto servicial con la Iglesia regional le permitirá establecer un sistema de comunión en orden a una evangelización orgánica no sólo de la ciudad sino de todo el sistema urbano.

De cara a la *comunidad urbanita*, la Iglesia ha de vivir para la evangelización de ella, preocupada de todos los problemas que le acosan. denunciándole con lucidez evangélica los problemas que la destrozan, sugiriendo caminos de solución, aunando a los hombres de buena voluntad y solidarizándose con ellos en la medida en que buscan las auténticas soluciones y, sobre todo, promoviendo la transformación por caminos de conversión y reconciliación auténtica de toda la ciudadanía. Ella misma también ofrecerá los servicios que le sean posibles especialmente a los sectores más necesitados.

La tercera nota de una Iglesia urbanizada es la de saberse situar en el lugar exacto sociológico donde los problemas internos de la ciudad aparecen con toda su crudeza hasta sus últimas consecuencias: *en el lugar de los pobres*, lo que apoya decididamente Puebla con su opción preferencial. Como acaban de afirmar los Obispos del Brasil "resulta útil situarse en el lugar social que

permita contemplar mejor la condición estructural de la injusticia: el lugar de las poblaciones que más la padecan".

Es interesante recordar que la primitiva Iglesia de Jerusalén, alentada por la fuerza del Espíritu Santo, comienza proclamando la inocencia salvadora de un hombre, Jesús de Nazareth, que injustamente "ajusticiado" fue colocado entre el número de los malhechores. En el reconocimiento de la inocencia de Jesús estaba su salvación. La no aceptación de renovar su injusta sentencia fue la destrucción de todo el pueblo de Israel. Desde esta perspectiva, la solidaridad evangélica con los problemas de los pobres es signo de autenticidad de la Iglesia en la ciudad y, desde nuestra perspectiva, es el comienzo de la salvación de toda la comunidad urbana, sin que sea excluído ninguno de sus ciudadanos, sea cual sea el sector en el que se encuentre. Lo que se exige de todos, en el nombre del Señor, es el reconocimiento de sus pecados y la eficaz conversión que ha de traducirse, desde las exigencias sociales de la fe, en la formación activa de los derechos de la dignidad humana conculcados en los hermanos.

La cuarta nota es la construcción de una Iglesia orgánica y corresponsablemente estructurada tanto en la misión común con relación a la ciudad, como en la edificación de la misma Iglesia. Es una respuesta frente a una ciudad atomizada y en la que muchos son marginados de la participación en la manifestación de los problemas que se padecen y en las decisiones que tienen consecuencias para todos los ciudadanos.

Esta manera de edificar la Iglesia, orgánica y corresponsablemente, abre en ella las posibilidades de la *macro-*

comunidad ciudadana exigidas por su ethos urbano. En las grandes Eucaristías muchos sólo serán conocidos por su función específica, por sus carismas o sencillamente como hermanos, pero con la conciencia de que todos son miembros del mismo Cuerpo de Cristo, empeñados con la fuerza del Espíritu Santo en una misión común.

El ejercicio de la corresponsabilidad ordenada exige que todos los hermanos sean *informados* oportunamente y que todos tengan la oportunidad de expresarse con libertad evangélica ante la comunidad con la confianza de que su palabra será escuchada. De este modo la Iglesia, regida por sus Pastores, promoverá un *magisterio orgánico* para la ciudad y para toda la comunidad eclesial, adquiriendo las mismas características la función de santificación y servicio.

Por otra parte, en esta organicidad dinámica y misionera podrá conseguirse que todas las instituciones, iniciativas y proyectos de los cristianos queden *informados por el mismo espíritu y orientados por las exigencias de la misma misión*, evitando las contradicciones internas que con frecuencia se advierten en la Iglesia lo mismo que en la ciudad.

La quinta nota sería la aceptación y promoción de lo que, desde un punto de vista sociológico, llamaríamos *asociaciones o estructuras intermedias*, y que con un lenguaje teológico podrían denominarse *comunidades carismáticas*, en el sentido paulino más rico y profundo. Esto origina una Iglesia viva, con capacidad de renovarse constantemente, con el ejercicio activo de la libertad ganada por Cristo. Dichas comunidades carismáticas, con la ayuda de los Pastores, han de integrarse en la unidad de la Iglesia y aceptar

con alegría el discernimiento que en cada momento la comunidad global ha de hacer de ellas.

El desarrollo de este factor dentro de la Iglesia sería una importante aportación a la evangelización de la comunidad ciudadana latinoamericana.

La sexta nota, muy unida con la anterior, es la promoción de las *pequeñas comunidades* —comunidades eclesiales de base las llamamos actualmente— en las que el cristiano pueda realizar su vida cristiana en comunidad y al mismo tiempo en relaciones de amistad e intimidad. Esto podría originar en nuestras ciudades una auténtica *red de iglesias domésticas similares* a las que se tenían en los primeros años del cristianismo en las diferentes ciudades del Imperio.

La séptima nota es la *atención personal* a cada uno de los cristianos en la dinámica global de los sacramentos de la confirmación, la reconciliación y la santa unción, de tal manera que se realice y muestre el amor que se tienen entre sí los discípulos del Señor, conforme a su mandato: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amais mutuamente” (Jn 13, 34-35).

Pienso que estas siete notas unidas y entrelazadas entre sí estructuran un modelo concreto operativo y evangelizador de Iglesia frente a nuestras ciudades. Ciertamente una Iglesia estructurada de esta manera y cumpliendo fielmente con su responsabilidad profética y con su acción evangelizadora sobre la ciudad, podrá ser numéricamente pequeña, pero será fermento, cobrará fuerza para acoger

cada vez más nuevos miembros, y ofreciendo una coherente evangelización a su ciudad. Su instancia de conversión podrá ser tan grande que quizá termine siendo perseguida por los poderes de este mundo. Pero sabrá que podrá ser mártir, pero nunca homicida, y que la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

BIB
Secretaría General
CELAM

PASTORAL PLANIFICADA: POSIBILIDADES Y EXIGENCIAS EN LAS GRANDES CIUDADES

Jorge Jiménez Carvajal, eudista

“En la acción pastoral no se puede hoy proceder ciegamente: el apóstol no es uno que corre a la aventura o que tira golpes al aire (cfr. 1 Cor. 9,16); evita hoy la comodidad y el peligro del empirismo”; tal es la sabia orientación que el Papa Pablo VI daba a los pastores de América Latina en el momento en que culminaba el Concilio Vaticano II y se abría esta rica etapa de renovación, de cambio, de valiosas transformaciones que todavía mueve la Iglesia universal y que en América Latina ha sido reforzada por las conferencias de Medellín y Puebla.

Si esta orientación es válida para todas las situaciones, lo es particularmente para la acción pastoral en las grandes ciudades.

La población que hace 50 años ocupaba el territorio de un país, hoy posiblemente se encuentra concentrada en una ciudad. El proceso de urbanización ha sido acelerado y se vislumbra que continuará de manera apreciable. Hoy nos vemos abocados al desafío de atender las necesidades de estos miles de hombres, mujeres, ancianos y niños y no hay sino una manera de hacerlo efectivamente: planificando las respuestas de acuerdo con las necesidades y los recursos disponibles.

Si los planificadores urbanos tienen en cuenta los hábitos y las necesidades de las gentes, para elaborar sus planes, con mayor razón los agentes de pastoral que no sólo se preocupan por las necesidades inmediatas del hombre sino que le anuncian una Buena Nueva que pretende “alcanzar la raíz de la cultura, la zona de sus valores fundamentales, suscitando una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras y del ambiente social” (Puebla 388).

Al hablar de grandes ciudades, de metrópolis, nos movemos en el campo de lo complejo, de la rapidez, de la dramaticidad, de las transformaciones, de los cambios, del pluralismo, de la movilidad, de la masificación, de la expansión desordenada, de lo confuso. Cómo trabajar en ellas?

Estas realidades nos llevan a buscar un método que nos permita ir dando respuestas adecuadas a las necesidades de la evangelización, de tal manera que paralelamente vayamos descubriendo y aprendiendo las nuevas formas de acción pastoral para las ciudades modernas, para las metrópolis. El proceso de planeación pastoral pasa por ser hoy el mejor medio para lograr este propósito. Exige unas condiciones básicas, el desarrollo del proceso con ciertas adaptaciones y sobre todo un seguimiento disciplinado porque es allí donde se realizará principalmente el proceso de descubrimiento y aprendizaje de los nuevos métodos, a partir de la experiencia planeada.

El análisis de la planificación pastoral como “el camino práctico para realizar concretamente las opciones pastorales fundamentales de la evangelización” (Puebla 1306), será el tema de la siguiente reflexión.

LA CIUDAD: UN TODO QUE FUNCIONA COMO UNIDAD ORGANICA

Frente al análisis sociológico de la ciudad, existe un peligro para la acción pastoral: de entre la multiplicidad enorme de fenómenos que en ella se generan, dejarse obnubilar por uno, el aspecto cuantitativo.

No hay duda de que este aspecto es fundamental. El gran desafío de la pastoral urbana es la rapidez con que crecen nuestras grandes ciudades. Es una verdadera pesadilla pensar que en el año 2.000 la ciudad México contará con 31 millones de habitantes; Sao Paulo llegará a los 25 millones y Río de Janeiro a los 19 millones.

Pero existe un peligro: frente a tamaño problema de tipo cuantitativo responder de manera meramente cuantitativa: multiplicación de parroquias, multiplicación de agentes, etc., olvidando la globalidad de la ciudad.

Para una respuesta adecuada a la problemática pastoral engendrada por las grandes ciudades urge valorar, entre otros aspectos: la unidad de la ciudad, su complejidad, la multiplicidad de las relaciones funcionales, su especialización; sin olvidar la trascendencia que tienen el grave crecimiento demográfico, la nueva cultura técnico industrial, la especulación inmobiliaria, la concentración en grandes megápolis.

La ciudad es un todo. Así sea un todo muy complejo. Todos los aspectos y todas las partes de la ciudad están estructuralmente relacionados entre sí. “Cada ciudad tiene su historia, su vida y funciones propias. Río de Janeiro no es Buenos Aires y Bogotá no es Lima. Los que viven en

esas ciudades constituyen con ella una cierta simbiosis, hunden sus raíces en ellas y son influenciados por ellas. Si "la gente de casa" critica su ciudad eso es aceptable, pero no sucede lo mismo si la crítica viene de fuera" (Alfonso Gregory, "La Parroquia y la realidad de las grandes ciudades").

En sí misma, la ciudad semeja un ente vivo. Basta que una parte de la ciudad no funcione bien para afectar el todo.

Esto como efecto de una conciencia colectiva, por la cual sus habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad, considerando sus logros y sus fracasos colectivos como propios.

La complejidad es otro elemento imprescindible en el tratamiento pastoral de la ciudad. La ciudad no es un todo uniforme. Por el contrario, es el lugar de la diversidad, del pluralismo, de la contradicción, del conflicto. Allí encontramos pluralismos ideológicos, áreas distintas, clases sociales distintas, mentalidades opuestas, multiplicidad de relaciones funcionales, movilidad enorme. Las respuestas no pueden ser uniformes. Es imposible tener una solución con carácter de panacea.

La vida del hombre urbano es profundamente diferente a la del hombre rural, así el paso de la una a la otra no tenga necesariamente cambios bruscos y radicales. El hombre urbano, de acuerdo con la diversificación de sus actividades, pasa a comunicarse con los otros, por medio de múltiples relaciones. Difícilmente el hombre urbano puede mantener aquella relación de buena vecindad que se nota en el mundo rural, donde él trabaja, se divierte, convive con un pequeño grupo, siempre el mismo. En la ciu-

dad, cada actividad está marcada por un tipo de relación propia, diferente y, generalmente, típicamente funcional.

La falta de relaciones primarias en las actividades económicas, sociales y culturales lleva al individuo a un progresivo encerramiento sobre sí mismo. Se torna un anónimo siempre que así lo desee y esto propiciado por la misma arquitectura.

Por otra parte, el hombre urbano no está fijo en un determinado territorio, dentro del espacio de su ciudad. Por la facilidad del transporte, por la acción de los medios de comunicación social, se torna ciudadano de toda la ciudad y de su periferia. Vive en un territorio, estudia en otro, trabaja en un tercero y con frecuencia busca descansar en otro más. Escoge sus amigos en todos esos ambientes. Vive en un mundo donde impera la especialización: en la vida profesional, en el comercio, en la medicina, en casi todos los campos.

Finalmente, podemos hablar de un fenómeno que aun cuando no es exclusivo de las ciudades latinoamericanas sin embargo tiene una especificidad en nuestro subcontinente. Se trata de la apropiación antisocial de las áreas urbanas y la consecuente especulación inmobiliaria. Su trascendencia pastoral fue estudiada concienzudamente por la última asamblea de los obispos del Brasil que produjo el documento conocido como "Áreas urbanas y acción pastoral". "La ocupación de las áreas urbanas para fines de residencia es precaria y tiende a empeorar a causa del ritmo de crecimiento de la población urbana" (No. 15). "La influencia de las migraciones hacia los centros urbanos coincide con un proceso que exaspera la situación: la rápida revalorización del suelo urbano, objeto de intensa

especulación inmobiliaria. La adquisición en bloque de terrenos para fines especulativos alcanza hoy graves proporciones (No. 15).

LA UNIDAD DE ACCIÓN: GRAN RETO DE LA CIUDAD A LA PASTORAL

A la gran ciudad considerada como un todo, debe responder una unidad de acción. A la globalidad de la ciudad, debe responder la globalización de la acción.

Actividades pastorales son iniciativas sueltas, sin articulación entre sí, sin continuidad. Las actividades pasan a ser acción cuando se articulan entre sí por un objetivo y cuando tiene continuidad.

La actividad pastoral en las grandes ciudades requiere una acción pastoral, no bastan meras actividades pastorales so pena de caer en la ineficacia y en la rutina.

Es bastante común encontrar en las diócesis, algunas parroquias en las que se siente un gran dinamismo. Todo funciona bien. Hay gente para todo. Un entusiasmo que contagia. Sin embargo, viéndolo bien, se percibe que es un conjunto sin cohesión. Cada sector, cada movimiento, cada comunidad, etc., en su especificidad, crece en la dirección que le es propia pero no en dirección al conjunto. Es suficiente esto en la acción pastoral? Ciertamente no. Le falta algo fundamental: la capacidad de hacer que todos, sin perder la especificidad de su campo de acción, crezcan en relación al conjunto. Precisamente en este crecimiento, pero a gran escala, el "mysterium unitatis" va surgiendo. Una parroquia o una diócesis donde sólo se realizan actividades dispersas, está lejos de la comunión, de la unidad.

La unidad de la Iglesia tiene un instrumento importante en la unidad de acción. Una acción pastoral sin coherencia interna encierra un gran peligro en relación a la unidad de la Iglesia.

La pastoral de las grandes ciudades tiene en la unidad de la acción, posibilidades inmensas. Mira en conjunto toda la realidad y trata de responderle sin perder en ningún momento la perspectiva del conjunto.

El rigor de un objetivo único y claro tiene un poder dinamizador de la unidad de acción. Sin un objetivo único y claro no hay punto de referencia. Caminar juntos supone que haya una misma dirección para todos. Es de nuevo Pablo VI quien insiste en su discurso en Roma con motivo de los 10 años del CELAM: "puesto que los problemas son hoy generales, requieren soluciones generales de conjunto. Nadie puede resolverlos por sí mismo: de aquí el carácter unitario que deberá revestir la acción pastoral de hoy...(Discurso del 24 de noviembre de 1965, No. 26).

EL PLAN PASTORAL: UNA ACCION QUE SE ORGANIZA ALREDEDOR DE UN OBJETIVO DE CARA AL FUTURO

"La acción pastoral planificada es la respuesta específica consciente e intencional a las necesidades de la evangelización" (Puebla 1307). Lo decimos, en esta ocasión, de la evangelización de las grandes ciudades de América Latina.

El plan pastoral es un instrumento técnico que asume el reto de cohesionar toda la acción pastoral de la

ciudad alrededor de un único objetivo.

La planeación, en sí misma, es un medio, no un fin. Como toda técnica tiene una cierta ambivalencia; en sí misma no es buena ni mala, pero al ser un instrumento puede ser utilizado con diferentes intencionalidades y en diferentes circunstancias. Se la ha empleado —y se la puede emplear— tanto para el mantenimiento del statu quo, como para impulsar reformas o cambios estructurales.

Pero todo plan se mueve alrededor de un único objetivo. Esta es su fuerza. Si bien planificar es una forma de tomar decisiones y formular políticas, “su carácter específico es el de tratar con un conjunto de decisiones, es decir, con una matriz de series sucesivas interdependientes de decisiones sistemáticamente relacionadas” (Ander-Egg Ezequiel, Introducción a la planificación, colatina-1981, pag. 14).

Un plan pastoral tiene muchas posibilidades en el medio urbano. Quizás más que en el rural. Pero planificar la pastoral no es meramente una nueva manera de hacer las mismas cosas, sino que supone nuevos hábitos, nuevas actitudes, nueva mentalidad y, sobre todo, la decisión de caminar en una misma dirección.

Esta dirección en un plan pastoral es clara. Ordinariamente el único “norte” en la orientación de nuestra acción ha sido la experiencia realizada, es decir el pasado. Esa actitud correspondía a la situación de una sociedad con mucha estabilidad, en la cual era posible mantener las cosas tal como se presentaban. Nuestra época es radicalmente diversa. Una de las características más acentuadas de la sociedad actual es el cambio, el dinamismo y la movilidad. Podemos

decir que esta característica estará aún más acentuada en el futuro, por un cambio acelerado en la dimensión de los fenómenos y sus interdependencias. Para evitar grandes sorpresas, es decir, choques del futuro (Alvin Tofler), tenemos que cambiar radicalmente la actitud mencionada. La actitud retrospectiva debe ser complementada o reemplazada por una actitud prospectiva. Horst Wagenbuhr, uno de los futurólogos más conocidos, decía: cuando la velocidad aumenta se necesita faros más fuertes; cuando el cambio aumenta se siente necesidad de previsiones más claras.

En contraposición al pasado, el futuro no se nos presenta como un solo hecho, como una vía única, sino como una gama de hechos, vías y futuros posibles. Es decir, el futuro se nos presenta con alternativas de desarrollo.

En síntesis podríamos decir que la planificación pastoral en general, pero la urbana en particular, exige una actitud muy clara: la capacidad de contemplar hechos y acontecimientos desde el punto de vista del futuro para actuar en el presente: una actitud y una orientación prospectivas.

Para evitar equívocos se debe tener en cuenta que el trabajo prospectivo de ninguna manera es esperar en la antesala del futuro. Este empieza hoy. Por eso es menester actuar como cuando se dibuja en perspectiva: contemplar el presente desde un punto central que es el futuro.

Quizás haya que decir sin temor que una acción pastoral en la metrópoli que esté basada en una actitud retrospectiva, necesariamente está superada por la dinámica

del mundo de hoy. Planificar la pastoral es prever el futuro. Pero, el futuro deseado, la Iglesia que queremos construir, no es algo a lo que se llega en un momento determinado simplemente porque se decidió llegar: es un estar llegando. Planificar la acción pastoral es desencadenar un proceso.

Para Pablo VI la planeación pastoral es un instrumento que urge utilizar en la acción pastoral de la Iglesia latinoamericana: "la planificación impone decisiones e implica renunciaciones incluso a lo mejor; es un cultivo intensivo y extensivo reducido a lo esencial, que obliga a renunciar a cultivos bellos tal vez, pero limitados o superfluos. El plan de pastoral debe además establecer claramente las metas que se persiguen, fijar los criterios de selección y prioridad entre las múltiples necesidades apostólicas y tener en la debida cuenta los elementos personales también y los medios de los cuales se puede disponer" (Discurso del 24 de noviembre de 1965, No. 28).

Resta añadir que el plan es un instrumento privilegiado que ha encontrado la Iglesia, en su diálogo concreto con las ciencias, para llevar a cabo la pastoral de conjunto, entendida ésta como el esfuerzo por hacer pasar las actividades pastorales aisladas a ser una acción pastoral con objetivo y continuidad; esto "tanto por la naturaleza misma de la Iglesia, misterio de comunión de diversos miembros y ministerios, como por la eficacia de la acción pastoral con la participación coordinada de todos" (Puebla 807).

LOS POBRES... LA PERIFERIA...: UNA PERSPECTIVA QUE DA UNIDAD A LA ACCION

No se trata de consagrar una clase social, ya que el término "pobres" supera esta clasificación y se inscribe dentro de la opción por los débiles, los perseguidos, los marginados. Se trata de una perspectiva pastoral: mirar la acción pastoral en las metrópolis desde la perspectiva de los pobres, por ser la más universal y la menos excluyente.

En el tema que nos ocupa, esta opción se hace más urgente por la realidad de extrema pobreza que existe principalmente, aun cuando no exclusivamente, en la periferia de nuestras grandes ciudades latinoamericanas. La falta de saneamiento básico, las condiciones precarias de salud, la falta de vivienda debido principalmente a la especulación inmobiliaria, la escasez de trabajo, el hambre, la desnudez, la elevada mortalidad infantil, la inseguridad, la criminalidad, etc... junto a otros muchos males de las periferias urbanas exigen no sólo una conversión personal sino, igualmente, un compromiso concreto de "conocer y denunciar los mecanismos generadores de la pobreza" (Puebla 1160).

Pero es más, planificar la acción pastoral de las ciudades "desde la periferia", "desde los pobres" exige "descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto interpelan a la Iglesia constantemente, llamándoles a la conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (Puebla 1147). Esto requiere una investigación detallada de cuáles son esos valores en cada ciudad, valorizarlos, promoverlos y desde allí, y teniendo muy en cuenta estos va-

lores, evangelizar la ciudad y evangelizar a los pobres.

Esta perspectiva para la planificación pastoral de las metrópolis es particularmente iluminadora en ciertos aspectos de difícil manejo en la acción pastoral: la existencia de parroquias ricas y parroquias pobres, la inequitativa distribución de agentes de pastoral y de comunidades religiosas entre el centro y la periferia de la ciudad, los términos de comparación entre los servicios religiosos del centro y de la periferia: para bien o para mal, para edificación o para escándalo, el centro es en este momento modelo para la periferia. Urge, como perspectiva unificadora y globalizante, que sean precisamente los pobres, con toda la riqueza de reflexión que nos dejó Puebla y Medellín, el elemento integrador. La planeación pastoral juega para ello un papel en estos momentos imprescindible.

El pueblo sencillo de nuestras barriadas es factor muy importante para la evangelización de las metrópolis. En él se intuyen grandes líneas de solución al problema de descristianización, que deben ser integradas a nuestros planes pastorales.

EL EQUIPO: UNA CONDICION BASICA

El espíritu efectivo de trabajo en equipo es una exigencia radical del medio urbano. Sin un verdadero trabajo de equipo que supere las concepciones agrarias que cifran su fuerza en el territorio y favorecen el individualismo y la autosuficiencia, la planeación pastoral de las grandes ciudades no podrá llegar al corazón de cada hombre de la metrópoli ni a lo profundo de la cultura urbana.

Esto nos exige revisar la capacidad de trabajo en

equipo de los agentes de pastoral en general, pero particularmente de los sacerdotes, por ser ellos los principales animadores de la tarea evangelizadora. Esto requiere capacitación y formación permanente. No todo agente de pastoral está capacitado para afrontar los retos de la ciudad. No tener en cuenta este aspecto, significará, sin duda, pérdida de esfuerzos, retrocesos innecesarios y desmotivación en quienes comparten el trabajo.

El espíritu de trabajo en equipo debe ser verdadero tanto entre el obispo y sus sacerdotes, como entre ellos y los religiosos, religiosas y laicos comprometidos. Señalamos algunos signos de la vivencia de este espíritu de equipo:

- El mutuo respeto dentro de unas relaciones de igualdad que valoren los diversos aportes y favorezcan el descubrimiento y aprendizaje.
- La disposición a unificar criterios a partir de la experiencia que se está viviendo y no de la que se vivió en el pasado, que muchas veces es simplemente la repetición rutinaria de actos y actitudes que correspondían a otros contextos. La experiencia será válida en la medida en que sea reflexionada, revisada y ubicada en el contexto correspondiente.
- La aplicación disciplinada de las decisiones y acuerdos tomados en grupo, luego del análisis de las diversas opiniones. Asumir como propias esas decisiones y responder por ellas.
- La disponibilidad para efectuar los cambios que se vean necesarios, tanto en las actividades como en la

organización, los horarios, el manejo de recursos, el estilo de vida.

- La aceptación de que se está en un proceso de re-entrenamiento, de aprendizaje de nuevas formas de trabajo pastoral; por tanto, debemos aplicarnos a él con toda atención y cuidado.

LA PARTICIPACION: UNA METODOLOGIA IMPRESCINDIBLE

Puebla exige que la planeación pastoral que se adopte sea participativa “en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas” (Puebla 1307); en el caso concreto de los laicos afirma que “se requiere su participación no sólo en la fase de ejecución de la pastoral de conjunto, sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión. (Puebla 808).

Podríamos decir que este aspecto es definitivo en la metodología de la planeación pastoral; cobra especial importancia en la pastoral urbana.

Existe en primer lugar la planeación funcional y discriminante. Su orientación se hace exclusivamente por los llamados “tecnócratas”. No hay consulta de la base y por eso los intereses del grupo se pasan por alto. La función realizada por los tecnócratas en el campo de la planeación más que discutir o pensar soluciones, consiste en planificar políticas. Es una planeación desarraigada. Se hace desde escritorios, se practica en confinamiento; no corresponde a los problemas reales del conjunto de la población. El lenguaje utilizado es inasequible para el pueblo en general. Ordinariamente

son planes adoptados como decisiones inmodificables o inflexibles.

Existe también la planeación estructural y participante. Está basada en la autodeterminación que hace el grupo de los fines u objetivos y en la autogestión de los medios necesarios para realizar dichos objetivos. El planificador es sólo un asesor que interpreta lo que bulle en el grupo, en el pueblo: lo recoge, lo sistematiza y lo pone en forma de programa. Valor fundamental es aquí la participación considerada como el ejercicio de la corresponsabilidad grupal y el acceso a las decisiones de la organización de la comunidad en la determinación y en el desarrollo de un programa.

Siendo la participación un valor al cual es muy sensible el hombre actual, sin duda son muy diferentes las posibilidades de hacerlo realidad en el campo y en la ciudad. Un ejemplo muy significativo son las comunidades eclesiales de base que constituyen una estructura nueva que vienen dando muchas posibilidades de participación efectiva pero no logran tener en la ciudad el alcance que han tenido en el mundo rural.

La planeación pastoral cada vez más se manifiesta como mecanismo eficaz de participación al interior de la Iglesia. La pastoral urbana encontrará en ella muchas posibilidades con la condición de que la planeación adoptada sea la estructural y participante.

PROCESO DE PLANEACION PASTORAL URBANA

Con mucha frecuencia, la idea que se tiene de planificación tiende a ser concebida como algo cristalizado

en “planes”, “programas” y “proyectos”. Este es un modo de “congelar” la planificación. Esta no se agota en un plan; es un proceso continuo que suele o puede expresarse en diferentes planes. Aún más, la planeación pastoral participante es un proceso educativo comunitario. Por tanto es progresivo su perfeccionamiento. Responde a necesidades cambiantes y a condiciones concretas de un determinado ambiente. Esto implica mantener un espíritu de apertura y de flexibilidad, mucho más en las metrópolis que tan fuertemente están sometidas a la movilidad, a los cambios, a la rapidez de las transformaciones.

Sin perder de vista esta última observación, señalamos a continuación algunos pasos fundamentales del proceso de planeación de pastoral urbana.

UNA ZONIFICACION ADECUADA

Todas las ciudades del mundo son diferentes. Hay en cada una de ellas un carácter especial, un ambiente propio, un modo peculiar de organizarse, que derivan de su historia y su cultura. También las ciudades latinoamericanas difieren unas de otras.

Un paso preliminar de este proceso, teniendo en cuenta la peculiaridad de cada ciudad, está en la zonificación. Se trata de establecer zonas de ciertas características comunes, por ejemplo: centro-periferia de la ciudad; residencial-comercial-industrial; popular-clase media-clase alta; vivienda-unifamiliar vivienda-multifamiliar; estas variables determinan necesidades comunes, medios de comunicación y de transporte, disponibilidad de tiempo, posibilidades de organización, expectativas, etc.

Seleccionando algunas variables y combinándolas podemos obtener unos tipos de zonas por medio de las cuales se pueda organizar la acción pastoral. No es raro encontrar que en una misma zona coexisten varias realidades, con necesidades diferentes que exigen tratamientos particulares.

UN DIAGNOSTICO PASTORAL

Una vez zonificada la ciudad debemos establecer un diagnóstico pastoral de la misma. Su importancia proviene de ser punto de partida de toda acción de renovación, de transformación, de cambio en la pastoral.

Es una lectura de la realidad desde la perspectiva pastoral, para establecer las urgencias que la realidad presenta a la acción pastoral. Es un proceso de discernimiento cristiano y en cierta forma ya es una toma de decisiones, pues debe llegar a señalar las prioridades pastorales de la ciudad, teniendo en cuenta como criterios, entre otros, la posibilidad de combinar recursos para atender actividades o problemas comunes y la capacidad de desarrollar nuevas habilidades y actitudes frente a problemas nuevos.

Para elaborar este diagnóstico se impone un estudio de la realidad aplicando métodos que posibiliten la participación. Puede hacerse por zonas o tomar el conjunto de la ciudad. Este estudio busca la definición de los hechos significativos que influyen en la acción pastoral y debe ser objetivo, esto es: atenerse a los hechos, ojalá cuantificados por datos estadísticos; global, debe tomar en cuenta toda la realidad, en sus hechos más relevantes; proyectivo, que permita ver la influencia de los hechos

actuales en el futuro inmediato. El estudio de las causas es definitivo para poder influir sobre ellas y especialmente para no ser ingenuos en la acción que se proyecta.

El discernimiento comunitario, con todas las exigencias señaladas por Pablo VI en *Octogesima adveniens*, principalmente en el número 4, es absolutamente imprescindible en este trabajo.

UNA UTOPIA QUE CREE MISTICA

“La evangelización de la ciudad exige que la Iglesia local urbana, desde la Palabra de Dios y desde el “humanismo urbano latinoamericano”, elabore la utopía de la ciudad, que en último término ha de coincidir con el proyecto de Dios sobre la ciudad que quiere ser regida por el dinamismo del Reino. Sólo la elaboración de dicha utopía permite orientar la labor evangelizadora de una Iglesia local urbana, descubrir los verdaderos pecados y las contradicciones de la comunidad urbana que la alejan y le impiden vivir en la utopía.

Intentando unas líneas generales podríamos decir que la ciudad latinoamericana debería estar constituida por una comunidad humana y orgánicamente integrada, donde un fuerte contingente de sus miembros viven su cristianismo cargado de tradición pero con fuerza para colaborar en el mejoramiento evangelizador de la comunidad, capaz de desarrollar y desplegar armónicamente todo su potencial natural y humano; defensora y promotora de los derechos de todos sus hombres y de todas sus instituciones; servidora y no dominadora de la zona que centraliza funcionalmente” (Consejo Episcopal Latinoamericano - Celam, “Pastoral y Parroquia en la ciudad”, 1982, pag. 21).

UN OBJETIVO QUE RESPONDA EFICAZMENTE A LOS RETOS PASTORALES

Una vez decididas las prioridades y de acuerdo con la utopía señalada, el proceso de planeación exige una nueva decisión: establecer los objetivos del plan global de acción.

Un objetivo es la expresión de lo que se quiere alcanzar y de la razón por la que se quiere lograr un determinado resultado, un cambio concreto en la realidad de la ciudad. Es la manera positiva, creadora, transformadora de encarar los desafíos de la metrópoli. Contribuye el objetivo para que las personas, los agentes de pastoral sepan qué se espera de ellas, a qué se comprometen, además de señalar los resultados que deben alcanzarse.

El objetivo general (llamado por algunos utopía creadora) es el ideal de ciudad, de hombre urbano, de Iglesia urbana, hacia el cual se dirige absolutamente toda la acción pastoral. Sin objetivo claro para todos, válido para todos y para todo, no hay posibilidad de unidad de acción. Sin objetivo claro para todos no hay punto de referencia.

Entre más miembros de la Iglesia local participen en su formulación, según la orientación de Puebla en el No. 1307, el objetivo será más aceptado por todos, punto fundamental para unificar la acción pastoral en la ciudad.

UNAS POLITICAS GENERALES

A la luz de los puntos anteriores, se requiere formular unas políticas generales de trabajo. Estas ayudarán a

unificar los criterios por medio de los cuales deberán moverse los agentes de pastoral y al mismo tiempo señalarán la especificidad que requieren cada una de las actividades que se emprendan en la metrópoli, ciertamente de orden diferente a las requeridas en la pastoral de las pequeñas ciudades y del campo.

UNAS ACCIONES ESPECIFICAS

Llegados a este punto del proceso de planeación, la originalidad de cada una de nuestras urbes latinoamericanas cuenta de una manera muy definitiva para las acciones que deben emprenderse. Sin embargo, quizás convenga señalar algunas que se van encontrando y que teniendo en cuenta la gran dificultad para hallarlas, deben ser tenidas en cuenta en otras ciudades. La siguiente enumeración debe tomarse como una mera sugerencia; algunas se mueven en un campo de generalización.

1o. Pastoral ambiental.

La pastoral ambiental se ha revelado como un medio eficaz para realizar la evangelización en la ciudad. En un mundo donde impera la especialización, la acción pastoral tiene que especializarse. Allí hay que llegar a los obreros, a los universitarios, a las familias, a los marginados, a los jóvenes, a los ancianos, a los minusválidos, a los drogadictos, etc.; allí hay que organizar la pastoral de los medios de comunicación social, de la salud, etc., etc.

Pero hay algo muy importante de tener en cuenta, la especialización ambiental no la puede realizar una sola parroquia. Se requiere un trabajo en común de parroquias, o de toda una zona, a fin de tener agentes de pastoral especializados que trabajen fuera del nivel meramente territorial.

El plan pastoral tiene en la organización de esta pastoral ambiental la tarea delicada de buscar su relación con las parroquias, de crear centros de servicios especializados en sitios estratégicos de la ciudad. Esto es imposible de lograr sin una adecuada zonificación de la ciudad. Definitivamente, en la ciudad la parroquia tiene que dejar de ser una mini-diócesis. La formación de agentes especializados, ciertos cursillos de preparación pre-sacramental, etc., deben ser realizados a nivel supra-parroquial, so pena de ser ineficaces, de despilfarrar recursos y de no llegar al hombre urbano que se mueve en un espacio y un tiempo totalmente diferente al del mundo rural y aún al de la pequeña ciudad.

2. Los movimientos de Iglesia

Estos movimientos, con fuerte representación de los laicos en su dirección y ejecución tienen generalmente una estructura supra-parroquial, a veces diocesana y a veces nacional. En términos de estructura, los movimientos responden mejor a la realidad de la gran ciudad que a la realidad de la parroquia. Pero, como la estructura pastoral normal es territorial y no ambiental, hay tensiones inevitables entre movimientos y parroquias.

Donde la Iglesia local ha logrado crear una coordinación de pastoral ambiental que incluye no sólo los movimientos más estructurados, sino todos los grupos que trabajan en el mismo ambiente (pastoral obrera, pastoral juvenil, pastoral familiar, etc.) se consigue superar en gran parte el paralelismo de los movimientos.

3o. Las Comunidades Eclesiales de Base y los pequeños grupos.

Parece ser este un hallazgo, de los más importantes

que se han hecho, en la pastoral de las grandes urbes. El único medio para garantizar el crecimiento de la fe, es poder llegar a los fieles por medio del pequeño grupo en general o de las Comunidades Eclesiales de Base, en particular. Allí, como en una pequeña célula, nace la Iglesia urbana.

Una palabra sobre las Comunidades Eclesiales de Base en la metrópoli. "Como la parroquia urbana durante mucho tiempo, y en parte todavía hoy, fue tributaria de connotaciones rurales, parece que actualmente está sucediendo lo mismo con las Comunidades Eclesiales de Base. En la mayoría de las veces, subyacente a las Comunidades Eclesiales de Base, hay un concepto territorial de la comunidad. Esta también puede constituirse a partir de intereses comunes, en un sentimiento común, sin que para ello el territorio tenga tanta importancia. Esta segunda manera de concebir la comunidad corresponde más a la realidad urbana y puede constituir un desbloqueo en lo que se refiere a las Comunidades Eclesiales de Base. Aquí también tiene mayor importancia la parte subjetiva de las personas. No es el caso de formar parte de una comunidad sólo porque se nació en un lugar determinado, sino que se hace parte de ésta o de aquella comunidad porque se quiere" (Alfonso Gregory, "La Parroquia y la realidad de las grandes ciudades").

4o. Gestos proféticos:

La Iglesia de las grandes ciudades, dentro de un normal concepto de secularización, tiene el peligro de ser reducida a lo meramente íntimo, a una función solamente espiritual, sin resonancia alguna dentro de la vida social de la ciudad. Consciente de su misión profética, la Iglesia está urgida a tomar una actitud evangélica frente

a los diversos problemas que angustian nuestras ciudades, sabiendo que es la suerte del hombre, especialmente la de los más débiles y pobres, la que ordinariamente se encuentra amenazada. Para muchos, especialmente para la juventud, la misma credibilidad de la Iglesia se encuentra en juego en estos casos.

Se requiere gran creatividad: vigiliias de oración, declaraciones, pronunciamientos, celebraciones públicas, peregrinaciones, gestos periódicos como la Campaña de fraternidad en el Brasil y en otros países, etc. Por medio de estos gestos se puede llegar con el mensaje del Evangelio a la gran masa de indiferentes que existen en nuestras ciudades y a muchos hombres de buena voluntad. La utilización de los medios de comunicación en estos gestos ayuda a la resonancia buscada.

5o. Desencadenar procesos:

Teniendo en cuenta la orientación de Puebla en el No. 441 sobre la necesidad de la imaginación en el trabajo de la ciudad, son de gran ayuda para la evangelización todas aquellas acciones, que debidamente planeadas, buscan desencadenar procesos en los diversos grupos que forman la gran ciudad. Lógicamente son de difícil seguimiento, pero quizás es una estrategia para poder funcionar en un medio que no se nos revela fácil para la acción pastoral.

Desencadenar procesos de personalización del hombre urbano, dar vida a procesos de participación de los anónimos, de los que no son tenidos en cuenta en nuestras grandes urbes, pueden ser instrumentos apropiados a la evangelización del hombre de la metrópoli.

6o. Crear centros de diálogo:

En el mundo del anonimato y de la masificación, el diálogo urge y es absolutamente necesario para alcanzar los fines de la evangelización. El diálogo tiende puentes, crea una atmósfera de humanización, pone en relación a las familias y a las personas que viven en el mismo edificio pero se desconocen y se ignoran. Crea solidaridad. Crear centros de diálogo: he allí un medio de evangelización que puede resultar muy fecundo.

AGENTES ADECUADAMENTE FORMADOS: UNA EXIGENCIA FUNDAMENTAL

Tanto la pastoral de las metrópolis como la planeación pastoral, su instrumento privilegiado, requiere agentes adecuadamente formados. La mentalidad y la capacitación son dos aspectos a los cuales habrá de prestarse particular cuidado.

Una mentalidad nueva, abierta, suficientemente preparada para enfrentar los problemas de la civilización urbana e industrial que está generando las grandes ciudades. Pero, igualmente, una mentalidad con profundo sentido de Iglesia, con capacidad de adaptación a las nuevas situaciones, flexible, con sentido de equipo.

La capacitación requerida tiene que ver con la metodología de la planificación, pero igualmente, con las diversas especializaciones que imponen la pastoral ambiental.

Medellín añadía que este trabajo impone una "renovación pastoral que implica un proceso de continua mentalización y "aggiornamento", desde un doble punto de vista: teológico-pastoral y pedagógico" e insistía en que

"esta renovación personal debe alcanzar a todas las esferas del pueblo de Dios, creando en obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, movimientos y asociaciones, una sola conciencia eclesial" (Medellín, Pastoral de Conjunto, 35).

La pastoral urbana, señala la Conferencia Nacional de Obispo de Brasil en "Pistas para una pastoral urbana", exige también un desempeño eficaz del papel del obispo, como animador del proceso de planeamiento pastoral y expresión de la unidad de acción de la Iglesia; el desempeño de ese papel en la complejidad de la gran ciudad, supone evidentemente que el Obispo trabaje con una asesoría amplia y calificada, en contacto con las bases, buscando expresar en toda su riqueza, la vida y la acción de la Iglesia local.

Finalmente, la pastoral urbana urge la creación de nuevos ministerios, según las necesidades y las especializaciones de la pastoral ambiental de cada ciudad y de cada zona de la ciudad. La participación y la corresponsabilidad del laico se enriquecen grandemente con la floración de los ministerios laicales.

CAMBIO Y ADECUACION DE ESTRUCTURAS: NECESIDAD DE UNA ORGANIZACION EFICAZ

Cuando Puebla habla de la evangelización en el futuro prevé que se "dará importancia a la pastoral urbana con creación de nuevas estructuras eclesiales que, sin desconocer la validez de la parroquia renovada, permitan afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas de hoy" (Puebla 152).

Una planeación participante de la pastoral necesaria-

mente urge una adecuación de la organización. Y esto mucho más cuando se trata de planear el mundo de la especialización. Igual cosa sucede con la dirección o coordinación.

Urge una organización eficaz de la pastoral de las metrópolis, donde se agrupen las actividades diferentes y necesarias que comportan la realización de la evangelización. Consecuentemente, para organizarse es necesario precisar las funciones de cada persona, definir las líneas de mando y asesoría, establecer unidades cooperativas (agrupar actividades), describir cargos, distribuir recursos, etc.

Para la organización de este trabajo pastoral la ciencia de la administración ofrece cuatro instrumentos principales: el organigrama, el manual de organización, los niveles de autoridad y el manual de procedimientos.

En el mundo de la especialización y de la complejidad, hacer caso omiso de la renovación de la organización con los cambios de estructura que eso implique, es arriesgarse a un fracaso seguro en el plan acometido.

Sobra decir que la creación de nuevas estructuras o la renovación de las ya existentes, es indispensable para que se articule aquella red de comunicaciones y de servicios que pueda establecer la comunión entre los grupos, los movimientos, las comunidades de base, las parroquias, las diversas zonas de la ciudad y los diversos organismos de nivel urbano, diocesano y nacional.

La organización es una etapa posterior a la planeación pastoral. Es esta la que indica la organización requerida.

LOS INDIFERENTES: DESTINATARIOS PRIVILEGIADOS DE UNA IGLESIA MISIONERA EN LA GRAN CIUDAD

Muchos aspectos se pueden estudiar respecto a los destinatarios de la pastoral de las grandes ciudades. Uno, especialmente preocupante, es la mínima parte de la población que se llega a atender. Las estadísticas más generosas son angustiantes. Sin negar la existencia de otras causas, una de ellas, es la pérdida de enfoque misionero por parte de la pastoral. Pareciera que todo en nuestra pastoral gira en torno "a los que vienen, a los que están".

En las grandes ciudades, el plan pastoral, como instrumento al servicio de la fe, no puede organizarse sólo en función de los que vienen a nuestras parroquias y centros de culto. Se requiere que también se orienten, y a través de acciones muy concretas y planeadas, en función de los que nunca o casi nunca vienen hacia nosotros. Este enfoque misionero es básico para la renovación pastoral; llevará a descubrir situaciones humanas, personales y estructurales, siempre nuevas dentro y fuera de la Iglesia. Podríamos decir que los indiferentes llegan a convertirse en los destinatarios privilegiados de una Iglesia misionera en la metrópoli.

CONCLUSION

A manera de conclusión podemos decir que las reflexiones hasta aquí anotadas nos colocan ante un desafío: la capacidad de realizar un sistema de trabajo que es medio e instrumento para atender mejor las necesidades pastorales de nuestras ciudades; pero que en sí mismo no nos da una respuesta a los problemas que enfrentamos hoy, sino que

permite introducirnos en un proceso de aprendizaje de manera dirigida, razonada, reflexiva. Un medio que nos exige disciplina, trabajo en equipo, diálogo permanente, estudio y reflexión centrados en descubrir nuevas formas de trabajo pastoral, adecuadas a las metrópolis. Seguramente nuestra vida personal se verá afectada por este proceso como también se verá afectada la vida de los destinatarios de nuestra acción pastoral. Pero no puede ser de otra manera; en un mundo en constante cambio, pretender no cambiar revela ceguera personal o comunitaria que sólo puede causar mal a la tarea evangelizadora.